

TESIS DOCTORAL

2024

**Cultura y soledad. Silencios, memorias y ausencias
en el ocaso de la vida rural.**

BORJA RIVERO JIMÉNEZ

Programa de Doctorado en: Diversidad, Subjetividad y Socialización. Estudios en
Antropología Social, Historia de la Psicología y de la Educación

DIRECTORES

DR. JULIÁN LÓPEZ GARCÍA

DR. LORENZO MARIANO JUÁREZ

Resumen

La soledad emerge como un problema de las sociedades posmodernas desde mediados del siglo XX. Como objeto de estudio se construye desde los marcos epistemológicos de la psicología y las ciencias biomédicas a través del reduccionismo de escalas estandarizadas y planteamientos universalistas. La atención se coloca sobre su prevalencia y las soluciones se plantean como si de una «epidemia» se tratase. Esta tesis tiene por objetivo abrir este concepto explorando el campo de su conceptualización y fenomenología desde la disciplina antropológica.

Esta etnografía se sustenta sobre los materiales empíricos recogidos en un trabajo de campo realizado entre los años 2019 y 2022 en diferentes pueblos de una región de la Comunidad Autónoma de Extremadura, en el oeste de España. Esta aproximación se centra en un grupo de personas mayores que viven solas en núcleos rurales con un importante grado de despoblación consecuencia de las diferentes olas migratorias que han sacudido este territorio desde la década de los sesenta del siglo pasado.

Se aborda la soledad como una construcción social y cultural, alejada de las concepciones tradicionalmente hegemónicas. Para ello, se atiende a la importancia del envejecimiento y sus implicaciones en la merma y deterioro de las facultades físicas y cómo esto puede derivar en soledad a través de las construcciones sociales en torno a los cuerpos de estas personas. También se indaga en el mundo íntimo de las significaciones culturales en torno a la soledad construida desde el campo de la expectativas y las diferentes emociones que evoca, destacando su relación con la nostalgia, la melancolía o la tristeza, pero también el aburrimiento o el miedo. En el escenario de relaciones comunitario, se explora la posibilidad de entender la soledad como una experiencia compartida con el resto de la comunidad cercana y reflejada en transformaciones en el espacio de las prácticas que anuncian la imposibilidad de la reproducción social y, con ello, el camino hacia la posible desaparición de estos pueblos. La soledad se abre así al mundo social y cultural alejándola del restringido espacio de la individualidad.

Palabras clave: Cultura; sociedad; soledad; aislamiento social; Extremadura.

Abstract

Loneliness has emerged as a problem in post-modern societies since the mid-20th century. As an object of study, it is constructed from the epistemological frameworks of psychology and biomedical sciences through the reductionism of standardised scales and universalist approaches. Attention is focused on its prevalence and solutions are proposed as if it were an «epidemic». This thesis aims to open this concept by exploring the field of its conceptualisation and phenomenology from the anthropological discipline.

This ethnography is based on the empirical materials collected in a fieldwork carried out between 2019 and 2022 in different villages in a region of the Autonomous Community of Extremadura, in the west of Spain. This approach focuses on a group of elderly people living alone in rural areas with a significant degree of depopulation as a result of the different migratory waves that have shaken this territory since the sixties of the last century.

This text addresses loneliness as a social and cultural construction, far removed from traditionally hegemonic conceptions. To this end, it looks at the importance of ageing and its implications in the reduction and deterioration of physical faculties and how this can lead to loneliness through the social constructions surrounding the bodies of these people. It also explores the intimate world of cultural meanings around loneliness constructed from the field of expectations and the different emotions it evokes, highlighting its relationship with nostalgia, melancholy, or sadness, but also boredom or fear. In the community relational scenario, we explore the possibility of understanding loneliness as an experience shared with the rest of the nearby community and reflected in transformations in the space of practices that announce the impossibility of social reproduction and, with it, the path towards the possible disappearance of these villages^o. Loneliness thus opens to the social and cultural world, taking it out of the restricted space of individuality.

Keywords: culture; society; loneliness; social isolation; Extremadura.

Índice

RESUMEN DE TESIS DOCTORAL.....	9
I. Introducción.....	10
II. Abordando la soledad.....	13
III. Métodos	17
IV. Contexto etnográfico	20
V. Cuerpos asolados	22
VI. Hogares desolados	28
VII. Pueblos en soledad.....	34
VIII. Conclusiones	39
SUMMARY OF DOCTORAL THESIS	43
I. Introduction	44
II. Addressing loneliness	47
III. Methods.....	51
IV. Ethnographic context	53
V. Blighted bodies.....	55
VI. Desolate households	61
VII. Villages in loneliness	67
VIII. Conclusions	72
FUENTES BIBLIOGRÁFICAS - BIBLIOGRAPHY.....	76



RESUMEN DE TESIS DOCTORAL

Cultura y soledad. Silencios, memorias y ausencias en el ocaso de la vida rural.

Borja Rivero Jiménez

I. Introducción

¿Puede hablarse de la experiencia de soledad en términos culturales? Aunque creciente en la última década, el campo de los estudios sobre soledad desde la antropología ha sido escasamente explorado y las referencias son muy limitadas. A pesar del *emotional turn* de los años ochenta en la disciplina, y también de las reflexiones en torno a la soledad sobre el trabajo de campo y la experiencia de vivir con «los otros», no existe una importante producción académica en el campo de la antropología de la soledad. Cuando hablamos de la experiencia de soledad nos referimos a una noción de un complejo abordaje, tanto desde la perspectiva del antropólogo que posa su mirada sobre ella, como desde la propia experiencia subjetiva. En palabras de Manuel Gutiérrez Estévez (2023: 30), la soledad «como estado del espíritu es difícilmente aprehensible desde fuera y, desde luego, su descripción tiende a ser idiosincrática, poco comunicable y con una narrativa deficiente y escueta». Nos acercamos a una categoría que podría definirse en primer término en la medida en que su complejidad la vuelve laboriosamente comprensible y muy poco objetivable.

Para poder acercarnos a algunas respuestas que arrojen luz sobre este tema, el camino que puede emprenderse desde la antropología es el que transita la etnografía. Se trataría de poner en marcha esa ficción irónica de «probar a ser otro, sólo para describirlo» (Velasco y Díaz de Rada, 2006:28), intentando descubrir la trama de relaciones que subyace en esa categoría nombrada como soledad, observando las implicaciones en los diferentes aspectos del mundo cultural que se encuentran, precisamente, ante esa ausencia de relaciones. Si la etnografía se conforma como puente entre dos universos que sólo son salvados a través de la observación y la comunicación, ¿un trabajo sobre soledad no trataría entonces de una ruptura de aquello que se pretende observar? La soledad se conforma como algo más complejo que la mera presencia o ausencia de otros y puede aparecer incluso cuando ese encuentro se da si no es significativo. Trascendería, por tanto, la ausencia, aunque esté estrechamente relacionada con ella.

Esta tesis es un acercamiento a la soledad distinto al explorado por las investigaciones clásicas desde abordajes cuantitativos. Se tiene un reducido conocimiento sobre la diversidad de experiencias culturales que conforman la

soledad, de las diferentes construcciones sociales en base al género, la edad o la clase o de su relación dentro de las estructuras sociales o familiares. La etnografía puede ser un método que facilite nuevas miradas hacia este objeto de estudio, especialmente en relación a la configuración cultural de la experiencia o sobre la construcción social de las expectativas, ambos espacios, como se defiende en esta tesis, fundamentales para comprender este fenómeno. Frente a otras emociones como el miedo, el amor o la ira que ya han sido estudiadas por la antropología en diversas monografías, la soledad ha sido apenas visitada y son todavía escasos los trabajos que se han parado a reflexionar y ofrecer análisis explicativos sobre su carácter social y cultural.

Hablar de soledad en el contexto rural de Extremadura es hablar de la quiebra de modelos familiares y de la vida social, pero también de emigración y de abandono. La construcción contextual de esa soledad se encuadraría como consecuencia que la despoblación trajo al mundo rural, relacionada con problemas estructurales de desigual reparto de recursos territoriales. Si en los contextos urbanos podría surgir de esa «comunidad extraviada» (Bauman, 2003) que no funciona como fuerza motora primordial del mundo social compartido, esa expectativa de seguridad se conforma en estos territorios en base a la experiencia social vivida. El desarraigo, la desconexión y el anonimato derivan en una mayor sensación de soledad en las urbes, pero el progresivo despoblamiento de los espacios rurales también adelgaza las relaciones y las formas en que éstas se expresan. Además, el peso de la tradición es mayor que en los espacios urbanos a la hora de construir las ideologías y las prácticas en torno a la noción de sociabilidad. El espacio y el territorio aparecen como factores que determinan la experiencia de soledad.

La soledad se conformaría como ese proceso de reducción o minimización de las relaciones sociales durante la vejez que en un contexto rural puede suponer cierto «retorno a la naturaleza», entendida como ausencia o disminución de cultura. Se trataría de evaluar el deterioro social a través de la reducción de los tiempos y mundos de encuentro con los otros, de las nociones de presencia, de los diálogos, del desarrollo de una vida social plena. La soledad se vería reflejada en el adelgazamiento de los procesos habituales de la vida, especialmente en la construcción social del hogar, pero no sólo, pues también impactaría en la posibilidad de la reproducción social, de la continuidad de la propia comunidad. En el caso de las personas mayores

de estos contextos rurales, dado que los principales contactos han fallecido o emigrado, solamente cabe enunciar el recuerdo de estos, algo que ahonda en la ausencia y alimenta la soledad. La hipótesis inicial partiría de la observación de la soledad como ese espacio en el que la cultura se «adelgaza» ante el distanciamiento, disminución o pérdida de las relaciones con otros sujetos, mediada de manera diferencial por la capacidad de agencia de los sujetos, en la que influirían diferentes categorías como la edad o el género, pero especialmente, la ruralidad ligada al aislamiento de estos territorios.

II. Abordando la soledad

Un acercamiento a la literatura científica sirve para comprobar las dificultades que aparecen cuando se trata de delimitar este concepto, que suele aparecer acompañado de otros términos como los de «aislamiento social», «vivir solo» o «solitud». La soledad sería un sentimiento subjetivo e indeseable que aparecería ante la falta o la pérdida de compañía. Se trataría de la forma en que las personas perciben, experimentan y evalúan su propio aislamiento y su falta de comunicación. El concepto se construye sobre un discurso científico desde la mirada individualista del sujeto, encuadrando en el mundo de las emociones y al amparo de categorías como afiliación, expectativa o reconocimiento (Mariano Juárez, 2023). Sería Robert S. Weiss quien desde un enfoque interaccionista definiría la soledad como «una respuesta a la ausencia de disposiciones relacionales específicas» (Weiss, 1973: 227). Plantearía dos tipos de soledad, la emocional y la social, que no sólo diferirían fenomenológicamente, sino que también requerirían de diferentes soluciones. Trabajos posteriores al de Weiss incluyeron nociones que ampliaban las respuestas al campo de las expectativas, en lo que se han denominado como «enfoques de discrepancia cognitiva» (Donio-Bellegarde, 2017: 40). Perlman y Peplau definirían la soledad desde los postulados cognitivos como aquella «una discrepancia entre el nivel de relaciones sociales deseado y el alcanzado» (1981: 32). De Jong Gierveld (1987) apuntaría hacia las deficiencias derivadas de determinadas relaciones, en la medida en que éstas no responden al número deseado o no cumplen con la intimidad que se esperaría de ellas.

En general, la literatura científica ha descrito la soledad como algo inevitable, sin otra opción para el ser humano que abrazar esta emoción en uno u otro momento de su biografía. Para Mijuskovic (2012): «(...) *all men are activated by a fear of aloneness or loneliness—and that consequently every human thought, passion, and action derives from this one original, ubiquitous source, or fund, of frightened, psychic energy*». Frente a estos planteamientos algunas voces tratan de impugnar la idea de su universalidad, abogando por una formulación que la aborda como constructo histórico y cultural, sujeto a fuerzas sociales que es necesario explicar y situar (Alberti, 2019: 39). La soledad puede tener significaciones diversas para diferentes individuos o grupos y muy raramente se expresa utilizando únicamente la palabra soledad (Stein y Tuval-Mashiach, 2015). Pese a ello, el creciente interés que ha

despertado se ha configurado desde un enfoque hegemónico centrado en sus posibles consecuencias en el plano de la salud, como si de una patología se tratase.

En los últimos años, la soledad ha llenado titulares en los medios de comunicación desde un discurso que la ha problematizado en términos de «epidemia» o «pandemia». Enmarcándola dentro del discurso epidemiológico, se está medicalizando un problema social que, abordado como síndrome o factor de riesgo (Gajardo Jauregui, 2015) puede tener por consecuencia la creencia de que se pueda prevenir, detectar, tratar y diagnosticar. Es la penetración de la mirada médica en todos los saberes, enunciada por Foucault (2011), lo que ha llevado a una observación de la soledad como uno de los principales determinantes de salud en los países desarrollados (Gené-Badia et al., 2020). Parapetarse sobre el discurso de las cifras y las estadísticas para hablar de prevalencia apunta al estatus problemático que la soledad está comenzando a tener, sometida a representaciones reduccionistas en las que las circunstancias históricas, políticas o económicas que posibilitan su comprensión queden opacadas.

Frente a estos planteamientos, la antropología puede ofrecer una mirada que atienda a las particularidades de la soledad a pesar de que, como apuntan Goodwin-Hawkins y Meher (2020), el enfoque desde el que se ha planteado la mirada a la soledad aparece alejado de el foco clásico puesto por la antropología en los fenómenos sociales y culturales. Para Daniel Miller (2015), la ausencia de una antropología de la soledad estribaría en cómo se ha configurado la narrativa de las ciencias sociales. La humanidad vivía inmersa en un sistema social con la comunidad como base, sostenida principalmente sobre relaciones de parentesco que se desmoronarían a causa de una serie de fuerzas como el desarrollo del capitalismo, la industrialización o la urbanización. El tejido comunitario empezaría a resquebrajarse, empezando un desarrollo de nuevas formas de relación e interacción personal poniendo en el centro al individuo y su autonomía, y que serían el germen de una nueva forma de estar y relacionarse en el mundo. En esta *grand narrative* de las ciencias sociales de la que nos habla Miller, la sociología habría sido la disciplina encargada de adentrarse a explicar estos nuevos procesos sociales en los que el individuo se aleja del grupo y lo comunitario. Por su parte, la antropología se habría encargado de confirmar esta narrativa a través del estudio y análisis de las sociedades tradicionales, guardianas

de esos vínculos sociales contemporáneos que permitían una refutación al individualismo creciente frente a ese mundo antiguo que desaparecía.

La apertura de la antropología al estudio de las sociedades contemporáneas posibilita que aparezcan enfoques sociales y culturales que aborden la soledad. Podemos observar que se ha conformado un campo desde el que pensar no sólo la sociabilidad, sino también el cambio y los diferentes conceptos y emociones en torno a la soledad. Desde el pionero trabajo de Margaret Mead donde se discute la acusación que sobre la idea de la cultura americana como «*lonely people*» a través de la configuración de las categorías de nostalgia o el duelo, aparecen trabajos que han abordado una posible antropología de la soledad. Un acercamiento a las distintas categorías nos lleva a mirar cómo se ha podido concebir la génesis de la soledad a través de, por ejemplo, la desaparición de las formas de reciprocidad tradicionales (Parsons, 2020) o el desplazamiento del *estatus* de los más mayores (Van Der Geest, 2004). Desde la antropología se ha ahondado en la construcción sociocultural de la soledad de manera específica y diferente dependiendo del contexto (Allerton, 2007), la forma en la que esta emoción se experimenta y expresa en los contextos culturales no occidentales de manera diferencial en base al lenguaje (Rasmussen, 2020), o los significados que la soledad puede tener con el territorio en contextos de despoblación (Del Mármol, 2023). Otros autores atienden a las diferentes fórmulas de residencia y las posibilidades que ofrecen de acceso social y contacto intergeneracional entre aquellas personas mayores que viven solas. (Portacolone, 2015) o a los cambios que plantean nuevas formas de residencia en contextos tradicionales (De Silva y Welgama, 2014).

El campo de las prácticas alimentarias y su relación con la soledad ha sido explorado, señalándose como el hecho de comer en soledad puede relacionarse con cierta «deshumanización» ante la ausencia de comensalidad (Medina, 2023), o como la pérdida de apetito o de gusto, característica de la experiencia de soledad, remite a una pérdida de sentido y desvinculación del entorno social y vital (Bofill, 2004). También aparecen otros campos clásicos de la disciplina, como los movimientos migratorios, en los que algunos autores se han adentrado a analizar cómo la experiencia de envejecer en un contexto de repetidas dislocaciones socioespaciales puede conformar desarraigo y soledad (Rúa, 2017), cómo el desplazamiento de refugiadas ofrece una visión de prolongada separación en diferentes niveles de

aislamiento (Boswall y Akash, 2015) o cómo la migración de los miembros del campo a la ciudad minimiza las redes familiares y sociales de las personas mayores y aumenta la soledad durante la vejez (Ojembe y Ebe Kalu, 2018). La soledad también puede aparecer relacionada con aquellos grupos que tradicionalmente han sido excluidos, especialmente en contextos urbanos, como las personas LGTBI (Coleman, 2009) o las personas sin hogar (Bachiller, 2010; 2012). También los trabajos antropológicos se han interesado por otro tipo de soledad, aquella que podríamos denominar como deseada o buscada, a través de las narrativas de quienes viven en conventos o monasterios (Durà-Vilà y Leavey ,2017; Freire Paz, 2023), Freire Paz (2022), o las relaciones entre soledad y agencias no humanas, como pastores trashumantes *ciobani* (Archer, 2018) o dueños de mascotas en contextos urbanos (Tomé Martín, 2022).

III. Métodos

La naturaleza del método etnográfico no permite la significación estadística, pero posibilita ahondar de manera más densa en el mundo de significados y experiencias, ofreciendo descripciones de los contextos en los que interseccionan estructuras sociales, reglas culturales y experiencias individuales. Frente a cierto reduccionismo a la hora de abordar la soledad se requiere de otro tipo de datos que complementen estas cifras, que llenen de palabras esos números, que aparezcan con la fuerza necesaria para hablar de soledad. Este acercamiento debe surgir de otras formas de mirar. Existe un comer solo, un dormir solo, un comprar solo tan sólo para uno, un tiempo que llenar sin nadie más. Y todo ello conforma este constructo polisémico que llamamos soledad.

Como antropólogos, conocemos la experiencia de soledad de primera mano a través de aquello que quizá describe la disciplina antropológica, el método etnográfico fundamentado sobre el trabajo de campo. La soledad y la antropología han tenido una relación ambivalente, incluso se puede considerar la disciplina como «*an academic compendium of lonely travellers' stories*» (Snell, 2015). La soledad aparecería como condición para el acercamiento al otro, siendo útil para explicar la soledad del otro porque coloca al etnógrafo en un plano de igualdad, en el mismo clima que aquel al que se acerca. Como señala Valdés Gázquez (2023), especialmente a través de esos dos momentos cruciales que aparecen para el antropólogo en los que resulta difícil escapar de ella, los *being there* y *being here* geertzianos.

El trabajo de campo para la recogida de los materiales empíricos sobre los que se sustenta esta etnografía se desarrolló desde el mes de octubre de 2019 hasta el mes de enero de 2023. Se realizó trabajo de campo inserto en una comunidad con un periodo máximo de estancia en el terreno de manera continuada de tres meses. Durante casi un año, entre los meses de marzo de 2020 y hasta febrero de 2021, no se realizó ningún tipo de trabajo en terreno por los problemas derivados de la pandemia de COVID-19. A partir de esta fecha y hasta el mes de enero de 2023 se han realizado cortas estancias, además de visitas puntuales para realizar entrevistas y ahondar en las categorías ya diseñadas para el análisis.

La entrevista ha sido la herramienta fundamental que ha servido para poder desarrollar la investigación, con un total de 38 entrevistas a 16 informantes, la mayoría de ellos mujeres con una edad que supera los 65 años. Las preocupaciones iniciales a la hora de establecer las entrevistas y ajustarse a guiones y categorías establecidos fueron dando paso a conversaciones más abiertas con diálogos menos artificiales, para pronto adoptar la forma de «diálogo coloquial»(Martínez Miguélez, 2006). Todas las entrevistas han sido grabadas en audio y transcritas, y si en un inicio se planteó la grabación en video se descubrió que la cámara generaba cierto límite a la hora de hablar con la mayoría de las personas cuando se les realizaba una entrevista. El objeto de estudio hacía muy necesario ese «contrato previo de familiaridad y de confianza» (de la Torre, 1997) para poder abordar cualquier entrevista, pero especialmente en este tema al abordarse todo aquello relacionado con el mundo de las emociones, especialmente si hablamos de soledad. Esto fue posible gracias a un trabajo previo para generar ese clima de confianza, que era posible cuando se abría al hogar de los informantes, que también permitió desarrollar en esos espacios de intimidad observaciones en torno al mundo de lo objetual. Durante la investigación, la observación participante ha sido otra de las herramientas fundamentales para recabar materiales empíricos. Observar es convertir en objeto de nuestros sentidos un conjunto de comportamientos humanos que se producen en un dominio de acción o situación social concretos (Díaz de Rada, 2011) para acceder a esas «estructuras de significados propias de esos contextos »(Vasilachis de Gialdino, 1992:31). El objeto de estudio elegido lleva a la reflexión sobre aquello que se observa para buscar la fórmula más adecuada de acceso: no se trataba de comportamientos humanos que derivaran de una acción social concreta lo que se exploraba sino la ausencia de estos. Por lo tanto, las observaciones han ido dirigidas a situaciones de contacto social, sí, pero también ha sido necesaria la reflexión sobre todo aquello que no sucedía o que sucedía de una manera diferente a la que se podría esperar en un contexto como este.

Todo el material empírico recogido a través de las diferentes herramientas fue transcrito y analizado a través del software de análisis de datos cualitativos ATLAS.ti. El análisis de los diferentes materiales empíricos se ha realizado sobre la base de la *Grounded Theory* (Strauss & Corbin, 2002). Las notas del diario de campo tomadas de la observación y las conversaciones informales fueron incluidas durante el proceso de codificación del análisis de las entrevistas. Las categorías desarrolladas para el

guion diseñado para la entrevista, que surgieron de las lecturas previas y las primeras observaciones y conversaciones informales, fueron una herramienta útil a la hora de realizar el análisis inicial una vez transcritas las entrevistas. También fueron surgiendo nuevas categorías en ese análisis, que fueron igualmente incluidas, para recodificar las entrevistas ya transcritas.

IV. Contexto etnográfico

Extremadura se ha caracterizado por una serie de profundos desajustes entre la población y los recursos, como consecuencia del crecimiento demográfico y de las limitaciones de los recursos disponibles, aspectos que alcanzan su máxima expresión a mediados del siglo XX. Los movimientos migratorios han marcado un rasgo fundamental en la conformación de su historia reciente. La década de 1950 es de emigración moderada, protagonizada por varones con edades comprendidas entre los 25 y los 45 años, pero en la década de los sesenta se produce un fenómeno migratorio que afectará a todos los grupos de edad, sexo, estado civil y actividad, en un éxodo que conformaría lo que se conoce como «la tercera provincia», la de quienes emigraron, compuesta por casi medio millón de personas. Desde 1980 se producen retornos de antiguos emigrantes, pero la emigración resurge a principios de los 90. El impacto de la migración ha dado lugar a un equilibrio demográfico negativo (Cayetano Rosado, 2011) del que aún hoy en día no se ha podido recuperar y que se agrava con el paso del tiempo. Nos encontramos en la actualidad una región con un espacio rural altamente despoblado, una baja densidad de población y un alto envejecimiento.

Esta situación guarda relación con un debate abierto en la última década en torno a lo que se ha venido en denominar como la «España vacía», tomado del libro del escritor y periodista Sergio Del Molino (2017). El texto vino a nombrar y a hacer visible una realidad que estaba pasando desapercibida para parte de la opinión pública, pasando a identificar al territorio de las grandes áreas despobladas del interior peninsular, con densidades de población muy bajas y un acusado desequilibrio demográfico concretado en una alta masculinización, unos importantes índices de envejecimiento y una falta de población en edad de trabajar y con cierto nivel de formación y adecuación para el empleo (Navarro y García-Azcárate, 2019). En una crítica a este concepto surge el término de «España vaciada» (Sánchez, 2019), que viene a matizar que esas zonas despobladas no se encuentran realmente vacías sino que han sido vaciadas, poniendo el énfasis en una serie de políticas que no han evitado esa deriva sociodemográfica y que en muchas ocasiones la han acrecentado. Sin entrar de manera pormenorizada a discutir cada una de estas categorizaciones, el adjetivo «vaciada» es el que parece más adecuado a la hora de señalar el contexto etnográfico donde se ha desarrollado este trabajo de campo, pues pone énfasis en el

proceso que ha llevado a la despoblación y abandono, y es en ese espacio donde se ha colocado la mirada y el análisis.

El trabajo de campo se localiza en diferentes pueblos de una comarca de Extremadura. Debido al carácter íntimo de algunos de los relatos que se reflejan, era necesario incrementar todo para evitar su identificación, por lo que se optó por anonimizar el nombre de los pueblos, que pasaron a pertenecer a la región de nombre ficticio de El Llano. Hablar de esta región es referirse a una extensa llanura fronteriza con Portugal cuya economía ha subsistido tradicionalmente a través del aprovechamiento agrícola y ganadero, encontrándose alejada de cualquier gran núcleo de población o centro industrial. Más que de un conjunto de pueblos, podría hablarse de caseríos con población diseminada en el terreno que fueron conformado pequeños núcleos poblacionales dependientes de una cabecera, Villanoble del Castillo.

Además de Villanoble, ocho han sido los pueblos donde se ha realizado trabajo de campo, en los que se han realizado entrevistas a informantes de manera más o menos asidua, y donde se han establecido las diferentes unidades de observación. Villanoble actúa como cabecera de la comarca y allí se encuentra el centro neurálgico de los principales servicios: supermercados, centro de salud, colegio, instituto, servicios sociales, mercado semanal, oficina bancaria y cajero, bares o centros de ocio. La pérdida de población en la comarca fue masiva desde la mitad del siglo pasado y supuso una reducción del número de habitantes, aunque desde principios de los 2000 esa migración se ha estabilizado y se mantiene, aunque menos acusada, de manera continuada. Los datos de población que ofrece el Instituto Nacional de Estadística (INE) pueden parecer positivos si se los compara con la realidad, pues no se corresponden con la población que realmente la habita. En núcleos donde ninguna de estas poblaciones llega a los 200 habitantes, la población real oscila entre las 50 y 80 habitantes por cada uno de los pueblos. En invierno la situación se recrudece. Alguno de estos pueblos se mantiene con 5 habitantes habituales.

V. Cuerpos asolados

En el presente los cuerpos envejecen de una manera menos abrupta que en el pasado, pero crece el estigma sobre ellos y son señalados por su declive y desgaste, en contraposición a los cuerpos jóvenes y en plenas condiciones, ideal estético al que aspirar, convirtiendo la vejez en un «estado corporal vergonzoso» (Sibilia, 2012). Es en torno a la incapacidad de ese cuerpo, muchas veces enfermo, sobre la que se construye un imaginario que aísla y rechaza aquello que tiene que ver con esta etapa vital. La construcción de esa visión se realiza sobre la fragilidad de un cuerpo que cuestiona uno de los aspectos más valorados en la cultura occidental, la autonomía (Pochintesta, 2012). Una fragilidad que construye la incapacidad del individuo de valerse por sí mismo, acercando su cuerpo a un estado de dependencia en un presente en el que las dinámicas sociales se sustentan sobre procesos de individualización que tienden a buscar la independencia total del sujeto.

Las personas solas de esta etnografía lo son porque además de aisladas en contextos cada vez más despoblados, viviendo solas en sus casas y teniendo sentimientos de soledad, encuentran que sus cuerpos son «asolados», entendiendo esta como una acepción que escapa al diccionario, pero que sirve para enfatizar el proceso mediante el que han pasado de estar insertas en la vida social a quedar apartadas, en los que el proceso de «asolamiento» es provocado por el estigma que mantiene sobre el envejecimiento la sociedad. Estos cuerpos son rechazados para la interacción social porque su biología pierde una parte de su vitalidad. Encontramos que sus cuerpos no permiten conversaciones fluidas, pues cada vez hay que hablarles más alto, repetirles más aquello que se dice. O que su limitación en la movilidad resulta incómoda para los desplazamientos en grupo. O que su olor empieza a ser diferente. La soledad durante el envejecimiento se construye sobre la base sensorial que empieza a percibir menos, con sentidos cada vez más atrofiados y a veces imposibilitados para sus funciones. Trataría este proceso, por tanto, de atender a cómo se pasa a ser menos percibido por otros, aunque los sentidos de esos otros tengan un funcionamiento adecuado. La sensorialidad de los solos quiere y no puede, mientras que la de los otros puede y no quiere. La soledad, de esta manera, no es cosa sólo de uno, existe otro u otros que «asolarían». Este capítulo intenta abordar la construcción social y cultural de la soledad a través de los sentidos y el impacto que sobre ellos tiene el proceso de envejecimiento.

Hablar de soledad es hablar de cómo se puede percibir la realidad de una manera más estática, calmada, donde el tiempo se va paralizándose y los estímulos para la vista se reducen. En la soledad la mirada se fija, se anquilosa, se comienza a mirar más tiempo hacia dentro, allí donde la memoria vuelve a otros tiempos donde encontrar ese dinamismo que le falta al tiempo presente, a un repaso de lo vivido que no es acto reflejo del ojo sino recuerdo. La soledad fija la imaginación a puntos del pasado mientras a la mirada presente le cuesta encontrar puntos que sean personal y socialmente significativos. Ver es una experiencia de aprendizaje, por lo tanto, compartida. El mundo que Marcela, una de mis informantes, percibe en estos días de vejez no es el mundo que ella encontraría en otros momentos de su vida, un mundo que era principalmente vivido en la medida en que era compartido. En este mundo del presente ha desaparecido una parte de su experiencia, de aquello que estimulaba su visión: los otros. Su marido, sus hijos, sus hermanos y muchos de sus vecinos ya no habitan este mundo cercano sobre el que ella posa su mirada, el mundo de experiencia en el que ahora se encuentra. Quienes viven en soledad se aíslan aún más en la medida en que su cuerpo empieza a fallar y el deterioro físico limita sus movimientos y su acción. En el caso de Marcela su pérdida de visión repercute directamente en sus ya de por sí pocas relaciones. Dificulta su capacidad para poder desplazarse, andando o en autobús, «hace años que no me atrevo a cogerlo». También la organización de su vida se vuelve más complicada, algo que sin el Servicio de Ayuda a Domicilio sería una tarea imposible. Esas pocas actividades que aún mantiene necesitan de su vista y sin ella, su angustia vital frente al mundo crece. Para moverse socialmente hace falta seguridad y esa seguridad la ofrece la vista. Vivir en sociedad nos permite dotarnos, a través de los otros, de redes y escudos de protección y seguridad. Marcela vive en soledad por haber perdido parte de su vista, pero también porque no tiene ojos sustitutivos, ojos de un entorno emotivo y vivencial.

El olfato, al igual que el resto de los sentidos, se encuentra sujeto a la construcción que en relación con el otro hacemos. Olemos y somos olidos por y para los otros, además de para nosotros mismos. Elaboramos nuestra propia percepción del olor en la medida que el resto nos huele, que se establecen unas reglas culturales en torno a lo que significa un olor aceptable o desagradable que nos coloca dentro o fuera de los considerados como límites admitidos y consensuados socialmente. Pepe se resiste a que nadie entre a su hogar, ni siquiera sus sobrinas, los únicos miembros de su

familia que intentan que todos los meses tenga lo necesario para mantenerse autónomo en su hogar. Su ropa la lava Luciana cuando puede, pues él acaso se acerca a algún regato a remojarla y dejarla secar al sol, cuentan otros vecinos que le han visto mientras paseaban por la sierra. Hay entre los solos quienes mantiene cierta higiene para que la falta de aseo no se traduzca en un rechazo de aquellos que puedan acercarse y olerles, incluso quienes la aumentan para intentar atraer al resto y salir, aunque sea un momento, de ese espacio de soledad. No es el caso de Pepe, la percepción que se tiene sobre él es que ese aislamiento del mundo le transforma en alguien «desgraciado», alejado de esas normas mínimas de aseo. Ha perdido lazos sociales con el resto en los últimos años y apenas hay quien sepa su nombre, casi nadie habla con él ni entra en su casa, en la que se mantiene en total aislamiento. Eso acaba con su necesidad de oler bien, le lleva a no prestar atención a cómo luce su presencia. A vivir, como señala Luciana, «como un bichito», entre el estiércol que sus cabras dejan en la puerta de su casa, a la que ni siquiera los sanitarios acceden cuando se acercan a hacerle una pequeña visita para saber si se todo se encuentra bien.

La comensalidad, entendida como espacio de encuentro e intercambio con el otro, es la expresión cultural del acto de comer. Comer solo, sin compañía, reduce el espacio de la alimentación, empobreciéndolo y limitándolo, convirtiendo el contexto alimentario en sólo comer. Comer en soledad puede ser uno de los mayores símbolos que refleja la pérdida o la ausencia (Medina, 2023). El envejecimiento supone un proceso en el que el cuerpo humano se degrada y, si sostenemos que el gusto es un sentido especialmente participado del resto, esta degradación afectaría a la merma en la capacidad de las papilas gustativas, pero también la pérdida de piezas dentales y a importantes problemas para la deglución de alimentos. Esta pérdida es mayor, pues también desaparece la capacidad olfativa, íntimamente ligada con la posibilidad de saborear para el disfrute un alimento. Esto puede llevar a la desaparición del apetito, relacionada con la vida en soledad¹. Cuando llega la soledad, desapareciendo

¹ Como señala Contreras (Rizzolo, 2018), cuando una persona mayor viuda y no tiene hijos viviendo con ella suele perder el apetito derivada ésta de la ausencia de motivación para cocinar para otros que lleva a perder las comidas estructuradas o la elaboración de comidas saludables.

el espacio de comensalidad, la mesa se vuelve únicamente una mesa y la comida pasa a ser exclusivamente comida. El encuentro diario con la pareja o los hijos se daba, como mínimo, en torno a una mesa, aunque los cambios en las prácticas alimentarias actuales comiencen a dibujar un escenario diferente donde se reduce la comida en el hogar. El presente de la soledad se traduce en una forma de comer en la que la falta de encuentro con otros resta importancia al acto de sentarse a la mesa, desapareciendo la ritualidad en torno a la comida. Hay quienes remiten a una forma más rápida de comer en la que no se saborea, no se disfruta, simplemente se ingiere. Porque el gusto en comer reside en degustar la comida, pero también en los otros, en un ritual que comienza antes de comer incluso, cuando se empieza a colocar el mantel, los cubiertos y los platos a la espera de la llegada del resto de familiares. Todo esto desaparece del ahora de soledad y las comidas ya no se hacen en la mesa del salón, sino que se trasladan a la mesa de la cocina. «Y así cocino aquí y tengo todo a mano, no tengo que andar llevando y trayendo, total, para mí sola», me comenta Rosi, otra de las mujeres entrevistadas que relata como hace algunas comidas de pie, sin sentarse, para evitar el mal momento de mirar al frente y encontrarse una silla vacía. La mesa en casa de Luciana no se viste, no hace falta usar el mantel en el día a día. Comer trae a la mente los recuerdos de quienes se fueron.

El del oído un sentido de la interioridad que «lleva el mundo al corazón de uno» (Le Breton, 2009: 97). Quien vive en soledad lo hace en silencio la mayor parte del tiempo. El del oído es un «sentido eminentemente social» Wulf (2002) que une a los seres humanos y que ayuda a la comprensión entre ellos a través de la recepción de los mensajes hablados. La ausencia de otros en el hogar lleva a los solos a una búsqueda por acabar con el silencio, a llenar su oído de palabras que palien esa soledad, aunque no sea un diálogo en persona y tenga que mediar necesariamente, por ejemplo, un teléfono. Las llamadas parecen el asidero al que agarrarse para escapar de la soledad, el esperado encuentro con los otros a lo largo del día. Muchas de estas personas permanecen cerca de su teléfono fijo esperando la llamada, con cierta ansiedad en la espera. El aparato telefónico sigue ocupando un espacio central en el salón, con una silla dedicada a poder descansar mientras se habla, se espera así que la llamada sea larga, la silla invita a la conversación extensa. Las visitas de sus familiares ahora son sustituidas por llamadas telefónicas, la principal fuente de comunicación con la familia. Estas conversaciones se mantienen intentando llenar con palabras la falta de presencia física. Pero también la televisión se ha convertido en una solución para

huir del silencio, apareciendo como el dispositivo que sustituye esa falta de comunicación. Desde primera hora de la mañana, la televisión, y también en ocasiones la radio, está conectada en los hogares a un alto volumen que permita poder escucharla desde todos los rincones, mientras que se realizan las tareas básicas de limpieza y mantenimiento de la casa. La voz del locutor o de los tertulianos de alguno de los programas matinales llena las mañanas de estas personas. Esa presencia convierte la televisión en algo más un aparato electrónico y la presencia tras la pantalla humaniza, pero también la simple presencia del dispositivo que se mira como parte de la cotidianidad del hogar, casi como un miembro más, indivisible de las rutinas diarias. Se convierte en un elemento imprescindible del hogar porque es el único que puede llenar con sonido el silencio de las ausencias de los que ya no están. Un silencio que se relaciona con la falta de humanidad y para acabar con él es necesario que aparezcan palabras que hagan huir los miedos derivados de la noche. Restaurar el sonido en el hogar, huir del silencio, es reestablecer una parte de la humanidad que estaba suspendida, callada.

Las fotos sirven para traer al presente a quienes ya no están, para acercarlos a través de un momento congelado en el tiempo. Cuando se toma un marco con fotos, un álbum o una caja en la que se guardan entre otros recuerdos, siempre se recurre al tacto para acompañar a la memoria hasta el presente. Como si el tacto de esa imagen ayudara a conformar el relato para describir lo que en la instantánea se guarda como imagen descontextualizada para quien las vea por primera vez. Mis informantes tocan la foto con la mano, pasando el dedo pulgar por la cara de quienes aparecen en la foto. El poder de esas imágenes, transformadas en presencia de quien está ausente en el ahora puede transportarlos hasta ese pasado en el que era posible el encuentro. La ausencia de abrazos, caricias y besos, esa emoción que nace de la imposibilidad del encuentro físico con el otro, es una parte importante del constructo que señalamos como soledad. Todo ese mundo de gestos y caricias desaparece, con la muerte del cónyuge, o se va reduciendo en el caso de los hijos y nietos a las visitas realizadas los fines de semana, cuando las hay. La soledad se traduce para el sentido del tacto en una forma diferente de percepción, pues ya no se puede tocar a quienes no están, tan sólo se puede evocar a través de una imagen impresa en una fotografía ese sucedáneo de tacto. La soledad es no tener nada que tocar cerca con sentido y sensibilidad, salvo aquello que evoca al ser querido. El tacto se despoja de capacidad de placer o ternura. Pero también la soledad es no ser tocada: desaparece el beso

diario de los hijos, reservado tan sólo a las visitas que siempre parecen pocas; desaparecen los abrazos con otras mujeres, vecinas, que ya no están; también el posible encuentro íntimo con ese otro amado. Así, sólo queda viva cierta memoria del tacto, un recuerdo de los otros, que conforma esa reminiscencia del tocar como una de las presencias más fuertes para aquellas quienes quedan de este lado, que sufren la pérdida. Es en el recuerdo de los que ya se fueron que esa presencia del tacto aparece, es ahí donde ocurre el mayor grado de encuentro con el otro cuando se está solo.

VI. Hogares desolados

El espacio del hogar aparece como «el microclima adecuado para las relaciones humanas»(Martí García, 1983), inscribiéndose en él toda una narrativa que acompaña la vida de quien lo habita. Para que un conjunto de estancias pueda llamarse hogar debe tener impresa la historia compartida que las dote de esa crónica de lo cotidiano. La casa es una metáfora de la vida que en ella se vive, de las interacciones sociales que en ella suceden, de quienes la recorren y la habitan. Pero cuando la casa empieza a deshabitarse se abre paso otro relato. Podríamos detectar esos primeros indicios de la soledad cuando el transcurrir vital comienza a pararse, el tiempo comienza a ir más lento, como un reloj que ya no tiene quien le dé cuerda y empieza a estar fuera de hora. La soledad vacía el espacio, pero también ralentiza el tiempo. Cuando la casa comienza a perder actores, el teatro del hogar pasa de obra coral a monólogo donde la vida social comienza a decaer, y es en esos momentos en los que se estrena la narrativa de la soledad, con un estilo diferente al de la casa habitada, porque parte de la trama de la cultura desaparece cuando la casa se vacía. Aunque donde, a priori, podríamos afirmar que tan sólo queda ausencia, se puede observar como también queda el reflejo de quienes en ella vivieron, toda aquella cultura creada en torno a un lenguaje y unos símbolos.

El entorno del hogar es el lugar central donde se desarrolla la vida de las personas mayores. La casa puede mirarse como parte indisoluble del sujeto cuando llega la vejez, un apéndice más, una señal de identidad que reflejaría la forma en la que viven sus días. Cuando se vive en soledad la centralidad de la casa tiende a ser mayor, con una identificación más profunda con todo aquello que conforma el hogar. La ausencia del otro se manifiesta en la casa en última instancia, que se convierte en reflejo de la presencia perdida, en guardián de aquello que una vez estuvo, donde la materialidad del hogar posibilita el contacto con quien ya no está. La casa se vincula «con lo mío», algo propio que le pertenece, que está unido de manera directa con el entendimiento acerca de la identidad, con la forma en que se construye la vida. «Lo mío» conforma una parte del sujeto que intenta compensar la soledad y falta de compañía. El horizonte durante el envejecimiento está muy ligado a mantenerse en la casa, que aparece también como espacio que tiene importancia en la medida en que la memoria ha conformado hitos en torno a las diferentes estancias. La casa, cada una de las habitaciones, tiene una capacidad evocadora del pasado que estaba colmado

de presencia continua. Salir de ella, acabar en una residencia o pasar de casa en casa de los hijos, es agotar la capacidad evocadora de la nostalgia y enfrentarse a la realidad de otro tipo de soledad.

La nostalgia conforma en sus distintas acepciones una emoción que nace como dolor por la añoranza de aquello que consideramos hogar y que se encuentra alejado en el tiempo o en el espacio. El tiempo que Marcela añora es aquel en el que podía compartir con otros, en el que la vida estaba colmada de sentido porque era compartida en los límites de su hogar. Si la nostalgia pone el foco en aquel lugar del que se encuentra ausente y se está alejado, como cierta necesidad de regreso a la patria, ese lugar al que Marcela quiere regresar no es un lugar físico, pues aún se encuentra en su hogar, sino que esa patria se encontraría en un plano temporal, en el ayer ahora lejano. La memoria de Marcela acude a los recuerdos del patio de su casa durante la matanza o al salón de su casa que ahora permanece vacío y que antes se llenaba de su familiares y vecinos que acudían a visitarla, o también niños y jóvenes que llegaban a hacer las tareas o a jugar con sus hijas. Ese pasado recordado se perfila acorde a la expectativa sobre lo que entonces sería su futuro. Creció en un tiempo en que la comunidad cercana era fundamental en un entorno donde se podían mantener vínculos fuertes. Su infancia estuvo acompañada por los mayores que en aquel momento eran valorados y jugaban un papel central en el desarrollo y aprendizaje de esas nuevas generaciones, con una convivencia estrecha en la que la palabra comunidad tenía un sentido completo. Durante años se planteaba un futuro en el que podría envejecer estando en el centro de la vida de su familia, en su hogar, rodeada de los suyos. Su hogar, el que ahora sólo ocupa ella, fue durante años el lugar de toda su familia, pero también de una parte de la comunidad, donde encontraba sentido de pertenencia. Una imagen, quizá idealizada y romántica, pero que es motor de creación de expectativas que impactan en las formas y modos de aceptar y afrontar el presente de soledad. Imagen de aquellos días que alimenta lo que no ha llegado a cumplirse, condicionando el presente, donde el pensamiento siempre vuelve a ese tiempo pasado.

Entre las mujeres que han perdido al ser amado en un momento de edad avanzada, la ausencia de contacto físico parece aceptarse como inevitable, sin posibilidad para la recuperación del contacto y el encuentro físico, apenas reservado al encuentro con imágenes de esos seres queridos. Cuando aparece la posibilidad de un nuevo

encuentro puede surgir el rechazo fundamentado sobre cierto «asco» ante el encuentro con un cuerpo que se reconoce como «viejo». Aunque resulta difícil acceder a este tipo de relatos, Luciana me expuso un ejemplo de lo que suponía enfrentarse de nuevo al contacto físico íntimo. Tras la muerte de su marido y el paso de un tiempo de luto, uno de los vecinos del pueblo, también viudo, comenzó a prestarle una mayor atención, que fue acrecentándose hasta llegar a insinuarle la posibilidad del noviazgo. Luciana, sin embargo, rechazó esta posibilidad. Su negativa, reforzada por la idea de mantener el luto a su marido, surgía del rechazo ante el encuentro de un cuerpo desconocido en la intimidad, que nunca había tocado ni visto. Pero sobre todo se argumenta en torno al estigma alrededor del «cuerpo viejo». El rechazo es fundamentado sobre la negativa a un encuentro con un «nuevo» cuerpo desconocido, pero sobre todo resalta que este sea un cuerpo viejo, mayor². Se rechaza el encuentro con otro cuerpo, sea este «nuevo» o «viejo», pero especialmente no se quiere un «cuerpo viejo» como el propio. A pesar de reconocer que es «vieja» y así también su cuerpo, el rechazo al encuentro con otro cuerpo se fundamenta sobre el que el sólo hecho de pensarlo despierta emociones negativas que se verbalizan como asco.

El miedo es uno de los elementos que configura la vida de los mayores solos, muchas de sus decisiones y preocupaciones. Se trata de una amenaza real o imaginada que camina de la mano en estos últimos años de sus vidas, volviéndose, al igual que ocurre con el silencio, una presencia más de la que se trata de huir. Las ciencias sociales han planteado diferencias entre el miedo y otras emociones como la angustia o el desamparo, pero para un acercamiento a la relación entre miedo y soledad parece muy acertada la definición de Boscoboinik (2016): «la representación que una persona tiene de su propia vulnerabilidad ligada a la perspectiva del riesgo de una situación (...) sentimos miedo (...) cuando nos sentimos vulnerables». La vulnerabilidad juega un papel fundamental en el caso de los solos, pues sobre esa fragilidad ante la posibilidad de sufrir daño se cimenta el miedo, que emerge como

² Kolnai (2013: 82-91) explora la relación del asco con la vida y la muerte a través de la muy estrecha relación entre aquello que produce asco y el reconocimiento de la propia vulnerabilidad del cuerpo y del proceso de degradación que nos conduce hasta la muerte en la medida en que esa emoción se hace consciente.

categoría para comprender los órdenes de estas vidas. Ese miedo se refiere sobre todo a aquellos males que puedan infringirle otras personas, especialmente aquellas extrañas a su medio, los desconocidos o «forasteros». Es frente a los extraños que su vulnerabilidad se hace más presente. Una parte de ese miedo se dibuja también sobre la posibilidad de que, en caso de que sus vidas o su integridad corra peligro, no haya nadie que les auxilie. El miedo se construye sobre el desamparo que se sufre al encontrarse en pueblos casi despoblados, en el que la ausencia de comunidad se traduce en ausencia de auxilio, o en el caso de que exista esa ayuda, al igual que ellos, sea tan vulnerable que no podría ofrecer remedio. Para algunas mujeres las noches acentúan la soledad, haciéndolas sentir atrapadas en sus propias casas, un escenario que dibuja una situación muy diferente a la que en el pasado podía suponer la noche como espacio de encuentro (Bennett y Victor, 2012). Durante el día las posibilidades para escapar del vacío y la soledad de sus casas es mucho mayor, ya que existe la opción de salir a pasear, realizar actividades del hogar cotidianas como salir a comprar, buscar una excusa para visitar a alguna de las pocas vecinas que aún vivan en el pueblo, o recibir esa visita, algo que no suele ser frecuente. Sin embargo, la noche deja poca opción para estas distracciones. Y es que es en el silencio de la noche donde reside la construcción del miedo de aquellos que viven solos. Luciana echa de menos dormir como si se tuviera *compaña*, es decir, dormir tranquila. La casa se vuelve en la noche más silenciosa si cabe. En un ahora en el que tampoco durante el día hay conversaciones, es el silencio de la noche el que se vuelve terrorífico, el que enciende aún más la alerta. Es sentirse sola lo que hace de su experiencia nocturna un lugar donde residen los miedos³. El encuentro con uno mismo, con la soledad y el silencio de la noche puede convertirse en miedo que rompa la tranquilidad del sueño, «quienes temen al silencio permanecen al acecho de un sonido que humanice el lugar» (Le Breton, 2009: 114).

Durante el envejecimiento, una de las presencias que toma una mayor relevancia en el día a día es la medicación. Entre las personas mayores es cada vez más común la polimedicación, que, si bien han supuesto una mejora para el bienestar de enfermos

³ La noche es un espacio de tiempo del día que aparece como el adecuado para el encuentro con uno mismo: «el oído es un sentido de la interioridad, lleva el mundo al corazón de uno, cuando la vista lo lleva hacia fuera del mismo»(Le Breton, 2009: 97).

crónicos, guarda relación también con un giro en los enfoques asistenciales que viene desarrollándose desde los años 80. Cada vez un mayor número de personas consumen antidepresivos o ansiolíticos en las etapas más avanzadas de la edad adulta⁴. En estos contextos, las pastillas empiezan a aparecer tras la viudedad. Pueden ser resultado de una forma de afrontar el dolor o el luto que se ha transformado en los últimos años, cuando ya no aparece el apoyo familiar y la comunidad a la hora de afrontar la pérdida, especialmente entre las mujeres más mayores. Pensar en la pérdida aparece repetidamente en la cabeza y no tiene consuelo en el apoyo de otras figuras como, por ejemplo, los nietos, una forma de mirar al futuro con alguna esperanza. Varias son las mujeres que afirmaban haber empezado a tomar pastillas «para los nervios» o «para la depresión» después de morir su marido. Todas estas mujeres se quedaron solas al enviudar, en una casa que empezó a compartirse con una nueva presencia, la de las pastillas para hacer frente a aquello que muchas mujeres nombran como tristeza, y que es identificada como sentimiento que deriva directamente de estados de soledad. La observación y conversación cercana en los hogares lleva a metáforas que dejan entrever que la tristeza guardaba una relación directa con la soledad especialmente cuando su origen se revela en los momentos en que estas mujeres se quedaban solas en el hogar. La presencia en la cocina de un pastillero, en la mesilla de noche o en la mesa del comedor una caja especial donde acumular medicinas, con derivados de benzodiazepinas y antidepresivos en diferentes formatos, evidencia esa tristeza de la vida en soledad.

La soledad también se liga con el aburrimiento, con «estar mal dispuesta», un sentimiento negativo que lleva a la persona a una reacción frente a una realidad en la que no se reciben los estímulos suficientes. Con la llegada de la soledad, en el espacio culinario empiezan a reducirse las elaboraciones, que pasan a ser cada vez más simples, perdiendo la riqueza de los guisos y de aquellos platos que suponen un mayor tiempo de preparación. El hecho de no tener con quien compartirlos lleva a reducir el tiempo de las elaboraciones, pero también desaparecen aquellas comidas

⁴ Problemas relacionados con las alteraciones del sueño, los estados de soledad tras la pérdida de la pareja o la ansiedad han sido planteados como aquellos que convierten a este grupo de edad en uno de los principales consumidores de ansiolíticos (Santos Pérez, 2020).

reservadas a los días especiales, los festivos, como la comida de los domingos o la de fechas como la Navidad. Si algo reduce la complejidad y lleva hasta el aburrimiento es la desaparición de la comensalidad, que abre un tiempo en que se rompe con toda la costumbre adquirida en torno a la alimentación. La falta de estímulos y de encuentro con los otros lleva a cierta apatía a quien vive en soledad, que deja de atender a las formas, pero también a los horarios. Así, el espacio de la comida puede transformarse a un momento tan falto de estímulos, tan aburrido, que lleve a quienes viven en soledad a evitarlo. El aburrimiento se vuelve el ingrediente primario de los platos que se sirven cada día en la mesa de los solos. Esta emoción puebla la mesa y al igual que el miedo, la nostalgia, la tristeza o el rechazo, comienza a formar parte de la casa cuando esta se encuentra habitada por una persona en soledad. Sobre el nuevo ecosistema que se conforma, diferentes emociones empiezan a poblar toda la casa, como si intentaran tomarla y con su presencia ahuyentar a quien todavía se mantiene en el hogar.

VII. Pueblos en soledad

Realizar trabajo de campo en territorios que han sido señalados como pertenecientes a la «España vaciada» no supone que en estos lugares no exista cultura. Como defiende Freire Paz (2023), en estos lugares se puede observar que hay gente haciendo vida y que la cultura opera sobre ellos, dándose, a pesar de esa catalogación como espacios vacíos, una constante transformación. En el caso de esta etnografía, el foco de atención aparece en el paso del tiempo como categoría clave. Y es que el tiempo pasa de una manera diferente en la región de El Llano dependiendo de la estación en la que nos encontremos. Si los meses más fríos del año, que van de octubre a finales de marzo, los pueblos tienen una menor vida social, desde la llegada de la Semana Santa, en primavera, la vida comienza a transformarse y es mucho más rica hasta finales de septiembre. Esto es debido, por una parte, a la mejora en el clima y a las horas de luz que posibilitan más vida en la calle, por lo que los encuentros aumentan. Pero también porque que los migrantes que nacieron y crecieron en el pueblo vuelven durante estos meses más cálidos a pasar una temporada. Además, en este eje cíclico se inscribe una forma de mirar hacia los tiempos históricos diferentes. Por la falta de contacto con otros, en esos meses más fríos, la mirada se coloca sobre el pasado, ese otro tiempo colmado de compañía y de relaciones sociales, pero también hacia un horizonte de futuro, que toma una doble vertiente. En el largo plazo, ese futuro aparece como negación de la posibilidad del encuentro con el otro, con resignación hacia la, asumida por muchos, desaparición y abandono total del pueblo. Pero en el corto plazo se mira con cierta esperanza al futuro próximo, hacia ese verano cercano que vendrá y que traerá de vuelta a quienes se marcharon. En los meses centrales del año, sin embargo, el tiempo se conjuga en el presente, en el ahora, en el momento en que puede disfrutarse de nuevo de la vida social del pueblo, el que los habitantes esperan durante todo el año.

El tiempo se vuelve más lento y pausado en invierno. El silencio, la quietud, el paso plomizo de los días se convierte en la realidad de los meses que van de septiembre a mayo. Durante esos días, que conforman la mayor parte del año, el tiempo parece que se estirase, en contra de la realidad de días más cortos durante estos meses. Y es que en estos pueblos es necesario un mayor esfuerzo para cualquier actividad, pues supone un mayor desplazamiento y una mayor inversión de tiempo, especialmente en invierno. Son los momentos de una soledad más dura. Como señala Cerrillo Vidal

(2017) sobre una etnografía en el rural despoblado español: «asociada al invierno, siempre la misma palabra: soledad. La cadena semántica se repite constantemente: pueblo real-invierno-soledad.» El invierno mueve a las personas hacia el espacio privado, trayendo consigo una mayor soledad como consecuencia de esa mayor reclusión. Especialmente entre aquellas personas mayores que viven solas, el invierno supone una casi absoluta falta de encuentro con otras. En varios de los pueblos no hay posibilidad de hacer vida más allá de la casa, pues tanto las tiendas como los bares cerraron hace tiempo. Tan sólo la misa del fin de semana supone un cambio en el día a día, una transformación de ese lento paso del tiempo. Pero incluso esos días de misa la posibilidad de encuentro se ve muy restringida. El verano supone el encuentro con la gente, pero el invierno es tiempo de habitar la soledad en el hogar. Un hogar que se encuentra solo, y en el resto del pueblo la mayoría de las casas se encuentran vacías, sin nadie que las habite. El invierno se convierte en estos pueblos en la estación que se extiende más allá de los meses que temporalmente dura. Si bien el verano aparece como bálsamo de sociabilidad y encuentro con aquellos que se fueron, la dureza del invierno ralentiza el tiempo y comprime también esos días de verano colmados de presencia. La ruptura de ese tiempo no es suficiente para evitar la soledad del resto del año. El invierno se estira convirtiéndose en una estación incesante, que marca el tiempo de la soledad. Para algunos, ni siquiera los momentos enmarcados en la ritualidad de las Navidades o las fiestas, que se supone rompen con el normal desarrollo del tiempo, ayudan a cambiar el paso. Porque la ritualidad, sin otros con los que compartirla, parece condenada a desaparecer.

A lo largo de la historia, la matanza del cerdo en Extremadura se ha convertido en un ritual que ha configurado una muestra de la cultura, que conforma una parte fundamental de las tradiciones y los modos de vida de esta región (Conde Caballero et al., 2023). Esta matanza, como señala Díaz Hernández (2004), es «el reflejo de una sociedad de raíz campesina que aprovecha los recursos de la zona y que ve en la cría del cerdo una salida en tiempos de escasez», tiempos, que en el caso de Extremadura han ocupado una parte importante de su historia⁵. Cuando Julio recuerda las

⁵ Como apuntan Ibarra Barroso et al. (2010:31): «La matanza se constituye en una estrategia exhaustiva dejando a la improvisación un margen exiguu y casi inexistente, lo que hace sino

matanzas del pasado, aparece un cambio que ha ido aconteciendo en los últimos años. «Por aquel entonces», que es un tiempo indefinido pero adscrito a un pasado reciente, su hija todavía estaba cerca, en Villanoble, y se unía para preparar los guisos. De especial ayuda era en el día de la matanza, pues sabía hacer los chorizos como los hacía su madre, quien le había enseñado el secreto de la mezcla exacta, de la cantidad necesaria con que rellenar cada tripa y cómo atar el cordel con el nudo exacto para tener la cantidad de embutido perfecta. Y esa fórmula era la que en su casa había llegado hasta Adela a través de su madre, y que esta había tomado a su vez de su abuela. Así, esas manos que se echan en falta son las necesarias para poder llevar a cabo todo el proceso de elaboración de embutidos, pero hay más. Son necesarias «sus» manos, que aparecen como un eslabón más de la cadena que une a su familia y que liga el pasado con el presente, que sirve como contenedor de un tipo de conocimiento que, aunque no sea exclusivo, sí que es característico de una forma de hacer, de elaborar, que tiene que ver con una cultura que conforma el legado familiar. La matanza se ha convertido en un acto cada vez menos numeroso, donde ni los hijos participan de ese día, a pesar de que se busquen las fechas más idóneas para que todo el mundo pueda estar presente. El que había sido el encuentro familiar y social más importante (y necesario) del año, ahora podía quedar relegado por cualquier otro evento de poca importancia.

Bares e iglesias han sido considerados como espacios significativos para las relaciones sociales de las personas mayores, pudiéndose encuadrar dentro de lo que Oldenburg (1989) refería como «terceros lugares»: aquellos donde la gente pasa el tiempo entre el hogar («primer lugar») y el trabajo («segundo lugar»), donde encontrarse para socializar. Las investigaciones se han acercado a estos espacios para indagar en torno a las relaciones sociales que se dan en ellos, que se destacan por la variable género, siendo las iglesias las que en mayor medida han sido espacios de sociabilidad de la mujer, frente a los bares, espacios restringidos durante mucho tiempo en exclusiva al género masculino. Para Putnam (2000:93), estos lugares facilitarían la interacción con aquellas personas cercanas que se encuentran fuera del círculo familiar, de tal manera que los encuentros que allí se dan suponen un

indicar la capital importancia económica, social y cultural que ha tenido ese ritual en la sociedad extremeña».

espacio fértil para construir un mayor capital social. En el caso de España, Buz et al. (2014) exploraron las iglesias y los bares como esos terceros lugares que pueden ser entendidos por los mayores como espacios donde socializar y encontrarse. Los espacios de socialización se encuentran cada vez más restringidos en estos pueblos, limitándose estos a los bares y las iglesias, con una clara diferenciación de género entre ambos. En ambos se dibujan relaciones sociales muy diferentes, en los que aparecen sujetos que ni siquiera en estos espacios de socialización pueden superar se abren a superar su soledad. Si en el pasado de estos pueblos estos «terceros lugares» jugaban un papel fundamental en la vida social, su persistencia se plantea en una realidad en la que cada vez aparecen más bancos vacíos en las iglesias y un mayor número de taburetes que no se ocupan en los bares, vacíos que anuncian, paulatinamente, que estos lugares parecen abocados a convertirse en vestigios de lo que en un tiempo pasado estuviera colmado de encuentro.

Cuando en las conversaciones se habla de los cambios acaecidos en los últimos años, todas las reflexiones giran en torno a ese antes, lleno de vida social pero también de carencias, hasta el presente, con mejores condiciones de vida, pero en los que es difícil mantener la vida y el contacto social, en pueblos con cada vez más vacíos. Esto repercute directamente en la vida social del pueblo, de la que van desapareciendo poco a poco los elementos característicos que le conformaban una identidad. Un paseo por estos pueblos supone un recorrido por la memoria de la falta y la ausencia de aquello que ha desaparecido o que está en vía de extinción. Cada vez existen menos olores de guisos por las calles, ya enterrado el olor de pan recién hecho al cerrar la última panadería que existía. También desaparece el olor a leña en invierno, y del paisaje se borra el humo que es síntoma de que hay lumbre en la casa y, por tanto, hay quienes necesitan calor dentro. Cada vez se ven más casas derruidas y abandonadas, tras las que se esconden historias de migración y no retorno, de unos últimos habitantes que murieron mayores y con su descendencia lejos, hogares a los que nadie quiso volver por tener su vida construida lejos. Ese paseo nos muestra calles con todas sus persianas bajadas o con numerosos balcones con carteles de «Se vende», frente a una minoría de aquellos que todavía tienen algunas macetas que los decoran. Y más allá de las calles, de los límites del pueblo, los paisajes se transforman y se encuentran en riesgo. Cada vez existen menos huertas, menos terrenos trabajados, menos animales en el campo. Frente a ese pasado colmado de actividad laboral, el ahora presenta cada vez más turistas. Los pueblos se vacían de vida

productiva y ese espacio se llena, parece que nunca lo suficiente, de turismo, transformando y vaciando el paisaje social del pueblo.

La realidad se construye en torno a la falta y a una soledad que se refleja a nivel individual y que impacta en los cuerpos, pero también en los espacios sociales, el hogar y la comunidad. La frase «la de gente que falta por aquí» es repetida por Jacinta, la hija de Soledad, en muchas de nuestras conversaciones. En el resto de la calle, su calle de siempre, lo único que puede encontrarse es la ausencia en hogares que fueron vaciándose, en un principio porque las generaciones más jóvenes se marchaban fuera, pero luego perdiendo también a las generaciones más mayores cuando murieron sin reemplazo, quedándose vacíos los hogares, pero también las calles. Hace unos años, en la pequeña plaza que se encuentra en la puerta de su casa podían encontrarse a otras mujeres que se paraban a hablar o que salían a tomar el sol mientras acababan de preparar la olla del día, o tras la vuelta de una pequeña compra en el pueblo. La realidad del presente se proyecta hacia un futuro en el que quizá Jacinta, la hija de Soledad, sea la última habitante de esa calle. Y así lo expresa, a través de las ausencias de vecinos que ya murieron y cuyas casas se quedaron vacías.

Y es que la soledad comunitaria, entendida como ausencia de vida social en el pueblo, se traduce en una imposibilidad de proyección, en un horizonte que anuncia el fin del pueblo como fue conocido, en un lento camino hacia el abandono. Esa idea se fundamenta sobre la ausencia, por ejemplo, de niños en las calles, de escuelas cerradas, de futuros habitantes que pueblen estos lugares. Así se atiende a los pocos niños que aparecen por allí, como el nieto de Azucena, como si fuera el hijo de todos, como si sobre él se fundara la posibilidad de un horizonte como pueblo. Porque más allá de él no hay a quién «dejárselo», sin posibilidad de descendencia. En Encinares recuerdan como el último niño nació allí hace diez años. En Bateles, la más joven cumple 18 años, la última niña que nació y creció en el pueblo. El horizonte se presenta sin niños, con parques infantiles que se oxidan sin que ningún niño juegue en ellos, con la desaparición de la escuela como metáfora de no tener a quien «dejarle» ese pueblo, como el fin de la posibilidad de reproducción social que puede suponer la muerte de éste.

VIII. Conclusiones

La soledad se plantea como problema de las sociedades occidentales desde mediados del siglo XX, momento en que comienza una creciente preocupación que llega hasta nuestros días y que ocupa un importante lugar en el debate público. Sin embargo, su origen se puede rastrear hasta los primeros pasos de la historia de la humanidad, como han señalado quienes han intentado trazar una historiografía de la soledad. Los principales enfoques que han abordado la soledad han construido el discurso científico desde la hegemonía interpretativa del positivismo, circunscribiendo su problemática a la psicología a través de las teorías de autores como Weiss (1973), Perlman y Peplau (1981) o De Jong Gierveld (1987), que la ajustan a los marcos de la emoción y la individualidad. A ello contribuye el desarrollo de escalas estandarizadas (de Jong-Gierveld & Kamphuis, 1985; Russell et al., 1978) que tienden al reduccionismo de este concepto en los marcos de lo mensurable. Enfoques posteriores que la configuran como dispositivo de respuesta evolutiva frente al peligro ante la falta del grupo cercano (Cacioppo y Patrick, 2008), acercan a la soledad a las lógicas biomédicas de relación causa-efecto con diferentes problemas de salud, pero también suponen una mirada universalista a esta experiencia. Este trabajo ha pretendido huir de estas interpretaciones. El objetivo principal ha sido el de abrir un espacio a través de las herramientas del método etnográfico para plantear nuevos caminos que transitar, intentado evitar hablar de cifras y prevalencia para centrar la mirada en la construcción de la soledad desde la experiencia social y cultural. Las categorías de análisis d estaban construidas desde otras disciplinas, por lo que he pretendido abrir esta noción a través de la mirada que puede ofrecer la antropología.

Frente a los enfoques que tradicionalmente han abordado este objeto desde planteamientos psicologicistas, se ha propuesto una mirada que trasciende la emoción para adentrarse en los aspectos sociales y culturales de su construcción. Si se ha construido un discurso que restringe la soledad a las consecuencias físicas y psicológicas que tiene sobre quienes la experimentan, aquí he pretendido acercarme a la medida en que puede empujar hacia los límites de la cultura. En oposición a las concepciones que la someten a planteamientos universalistas, he puesto el foco en la necesidad de hablar de su construcción en base a expectativas culturales dependientes del contexto concreto donde se conformen. Si se ha propuesto medirla con escalas para atender a su prevalencia desde el imperio de la cifra, este

acercamiento nace de la puesta en marcha del método etnográfico para construir otra forma de observar alejada de lo medible en números. Frente al reduccionismo al que se ha sometido la soledad, este trabajo ha intentado plantear una apertura en torno su génesis y construcción. Los modelos tradicionales de abordaje de la soledad aparecen todavía como insuficientes. Con esta tesis ha tratado de ampliar el espacio de la incertidumbre, para mirar este objeto de estudio como un estado construido desde lo social, que vacía una parte de la vida del sujeto, pero la llena con respuestas y otras relaciones desde la cultura.

Desde esta perspectiva he prestado atención a los cuerpos «asolados», marcados por el proceso de envejecimiento, y su consecuente deterioro, que puede observarse a través de los sentidos como medio para expresar y alcanzar la relación con los otros. La soledad no aparece tan sólo como consecuencia del declive del cuerpo a partir del proceso de envejecimiento, sino que su génesis reside también en cómo la sociedad se relaciona con quien envejece. El cuerpo está sujeto a un proceso biológico que deteriora sus funciones, pero también a un proceso social desde el que se «asola» a las personas mayores a través del estigma sobre su físico. En la actualidad de las sociedades occidentales, los cuerpos de las personas mayores se colocan en el escenario social de manera diferencial a como lo hicieran en el pasado reciente. En el presente se encuentran relegados a lo que parece una muerte social anterior a la muerte biológica. La persona anciana encarna en el fin de su días los «dos innombrables de la modernidad: la vejez y la muerte» que se convierten en «los lugares de la anomalía, escapan al campo simbólico que otorga sentido y valores a las acciones sociales: encarnan lo irreductible del cuerpo», convirtiéndose así tan sólo en «cuerpos relegados, ocultos» (Le Breton, 2002: 142).

En el contexto observado, la soledad aparece cuando se habita un mundo que parece no ser propio, aquel construido a través de unas expectativas de vida social no cumplidas. La soledad es la imposibilidad de encontrar otro igual con el que poder compartir el espacio y las prácticas culturales, y trataría del agotamiento de la esperanza de encuentro con esos otros con lo que se conformaba una comunidad. Esta tesis ha tratado de acercarse a una forma de soledad social en la medida que es compartida con otros, aquellos pocos que quedan en estos pueblos. Una soledad que hablaría de la ausencia y desaparición de la comunidad. Esta soledad podría denominarse como soledad cultural, relacionada con la ausencia de encuentros que

puedan seguir dando forma el mundo cultural de la experiencia tal y como se había esperado, en el sentido que lo hacen Wheeler et al. (2022) en su trabajo con agricultores siguiendo las ideas descritas por Monk (1999). Para estos autores el concepto de soledad cultural designaría aquella soledad que surge cuando el grupo cultural con el que se identifican los individuos es desatendido y marginado por la sociedad hegemónica en general. Se referiría no sólo a la cantidad o calidad de las relaciones y conexiones sociales mantenidas, sino a una percepción de que la cultura y la identidad propia se encuentran infrarrepresentadas o amenazadas, lo que conduce a una sensación de aislamiento, con sentimientos compartidos que se relacionan con el aislamiento comunitario y la alienación.

SUMMARY OF DOCTORAL THESIS

Culture and loneliness. Silences, memories,
and absences in the sunset of rural life

Borja Rivero Jiménez

I. Introduction

Can we talk about the experience of loneliness in cultural terms? Although growing in the last decade, the field of loneliness studies in anthropology has been scarcely explored and references are very limited. Despite the emotional turn of the 1980s in the discipline, and the reflections on loneliness in fieldwork and the experience of living with «the others», there is no significant academic production in the field of the anthropology of loneliness. When we talk about the experience of loneliness, we are referring to a notion of a complex approach, both from the perspective of the anthropologist who looks at it, as well as from the subjective experience itself. In the words of Gutiérrez Estévez (2023: 30), loneliness «as a state of mind is difficult to apprehend from the outside and, of course, its description tends to be idiosyncratic, poorly communicable and with a deficient and succinct narrative»⁶. We are approaching a category that could be defined in the first term insofar as its complexity makes it laboriously comprehensible and very little objectifiable.

To come closer to some answers that shed light on this issue, the path that can be taken from anthropology is the one followed by ethnography. It would be a matter of setting in motion that ironic fiction of «trying to be another, only to describe it» (Velasco and Díaz de Rada, 2006:28), trying to discover the web of relationships that underlies that category named as loneliness, observing the implications in the different aspects of the cultural world that are found, precisely, in the face of that absence of relationships. If ethnography is shaped as a bridge between two universes that are only bridged through observation and communication, wouldn't a work on loneliness then be about a rupture of that which is intended to be observed? Loneliness is shaped as something more complex than the mere presence or absence of others and can appear even when such an encounter takes place if it is not meaningful. Loneliness would transcend this absence, although it is closely related to it.

This thesis is a different approach to loneliness than that explored by classical quantitative research. There is little knowledge of the diversity of cultural

⁶ The original Spanish quotations in this summary have been translated by the author for ease of understanding.

experiences that make up loneliness, of the different social constructions of this emotion based on gender, age, or class, or of its relationship within social or family structures. Ethnography can be a method that can provide new insights into this object of study, especially in relation to the cultural configuration of the experience or the social construction of expectations, both of which, as this thesis argues, are fundamental to understanding this phenomenon. In contrast to other emotions such as fear, love or anger, which have already been studied by Anthropology in various monographs, loneliness has hardly been visited and there are still few works that have reflected on and offered explanatory analyses of its social and cultural character.

To speak of loneliness in the rural context of Extremadura is to speak of the breakdown of family models and social life, but also of emigration and abandonment. The contextual construction of this loneliness would be framed as one of the consequences that depopulation brought to the rural world, related to structural problems of unequal distribution of territorial resources. If in urban contexts loneliness could arise from that «lost community» (Bauman, 2003) which does not function as the primary driving force of the shared social world, this expectation of security is shaped in these territories based on lived social experience. Uprootedness, disconnection, and anonymity lead to a greater sense of loneliness in the cities, but the progressive depopulation of rural spaces also thins relationships and the ways in which these are expressed. Moreover, the weight of tradition is greater than in urban spaces when it comes to constructing ideologies and practices around the notion of sociability. Space and territory thus appear as factors that determine the experience of loneliness.

Loneliness would also be shaped as that process of reduction or minimisation of social relations during old age which, in a rural context, may imply a certain «return to nature», understood as the absence or reduction of culture. It would be a matter of evaluating social deterioration through the reduction of times and worlds of encounter with others, of the notions of presence, of dialogue, of the development of a full social life. Loneliness would be reflected in the thinning of the usual processes of life, especially in the social construction of the household, but it would also have repercussions on the possibility of social reproduction, on the continuity of the community itself. For older people in these rural contexts, given that the main

contacts have died or emigrated, only the memory of them can be mentioned, something that deepens the absence and feeds loneliness. The initial hypothesis is based on the observation of loneliness as that space in which culture «thins out» in the face of the distancing, reduction, or loss of relations with other subjects, mediated in a differential way by the subjects' capacity for agency. Different categories influence this capacity for agency, such as age or gender, but especially rurality, which is closely linked to the isolation of these territories.

II. Addressing loneliness

A closer look at the scientific literature reveals the difficulties that arise when trying to define this concept, which is often accompanied by other terms such as «social isolation», «living alone» or «solitude». Loneliness would be a subjective and undesirable feeling that would appear in the absence or loss of company. It would be the way people perceive, experience, and evaluate their own isolation and lack of communication. The concept is built on a scientific discourse from an individualistic view of the subject, framed in the world of emotions and under the protection of categories such as affiliation, expectation, or recognition (Mariano Juárez, 2023). It was Robert S. Weiss who, from an interactionist approach, defined loneliness as «a response to the absence of specific relational dispositions» (Weiss, 1973: 227). He would propose two types of loneliness, emotional and social, which would not only differ phenomenologically, but would also require different solutions. Later work included notions that extended responses to the realm of expectations, in what have been termed «cognitive discrepancy approaches» (Donio-Bellegarde, 2017: 40). Perlman and Peplau would define loneliness from cognitive postulates as «a discrepancy between the desired level of social relations and that achieved» (1981: 32). De Jong Gierveld (1987) would point to the deficiencies derived from certain relationships, insofar as these do not respond to the desired number or do not comply with the intimacy that would be expected of them.

In general, scientific literature has described loneliness as inevitable, with no other option for human beings than to embrace this emotion at one point or another in their biography. For Mijuskovic (2012): «(...) all men are activated by a fear of aloneness or loneliness-and that consequently every human thought, passion, and action derives from this one original, ubiquitous source, or fund, of frightened, psychic energy». In the face of these approaches, some voices try to challenge the idea of its universality, arguing for a formulation that addresses it as a historical and cultural construct, subject to social forces that need to be explained and situated (Alberti, 2019: 39). Loneliness can have diverse meanings for different individuals or groups and rarely expressed using the word loneliness (Stein and Tuval-Mashiach, 2015). Despite this, the growing interest in loneliness has been shaped by a hegemonic focus on its potential health consequences, as if it were a pathology.

In recent years, loneliness has made headlines in the media with a discourse that has problematised it in terms of an «epidemic» or «pandemic». By framing it within the epidemiological discourse, a social problem is being medicalised which, approached as a syndrome or risk factor (Gajardo Jauregui, 2015) may result in the belief that it can be prevented, detected, treated, and diagnosed. It is the penetration of the medical gaze into all knowledge, enunciated by Foucault (2011), which has led to an observation of loneliness as one of the main determinants of health in developed countries (Gené-Badia et al., 2020). To hide behind the discourse of figures and statistics to speak of prevalence points to the problematic status that loneliness is beginning to have, subjected to reductionist representations in which the historical, political, or economic circumstances that make it possible to understand it are overshadowed.

In contrast to these approaches, anthropology can offer a perspective that addresses the particularities of loneliness even though, as Goodwin-Hawkins and Meher (2020) point out, the approach to loneliness appears to be far removed from the classic focus of anthropology on social and cultural phenomena. For Daniel Miller (2015), the absence of an anthropology of loneliness lies in the way it has been shaped by the social science narrative. Humanity lived immersed in a social system with community as its basis, sustained mainly on kinship relations that would crumble due to a series of forces such as the development of capitalism, industrialisation, or urbanisation. The community fabric would begin to break down, and new forms of personal relationships and interaction would begin to develop, placing the individual and his autonomy at the centre, and which would be the seed of a new way of being and relating to the world. In this grand narrative of the social sciences that Miller speaks of, sociology would have been the discipline in charge of explaining these new social processes in which the individual moves away from the group and the community. For its part, anthropology would have overseen confirming this narrative through the study and analysis of traditional societies, guardians of those contemporary social links that allowed for a refutation of the growing individualism in the face of that ancient world that was disappearing.

The opening of anthropology to the study of contemporary societies has made it possible for social and cultural approaches to loneliness to appear. We can observe that a field has been formed from which to think not only about sociability, but also

about change and the different concepts and emotions surrounding loneliness. Since Margaret Mead's pioneering work, in which she discusses the accusation of the idea of American culture as «lonely people» through the configuration of the categories of nostalgia or mourning, works have appeared that have dealt with a possible anthropology of loneliness. An approach to the different categories that have been addressed leads us to look at how the genesis of loneliness has been conceived through, for example, the disappearance of traditional chains of reciprocity (Parsons, 2020) or the displacement of the status of the elderly (Van Der Geest, 2004). Anthropologists have delved into the socio-cultural construction of loneliness in a specific and different way depending on the context (Allerton, 2007), the way in which this emotion is experienced and expressed in non-Western cultural contexts in a differential way based on language (Rasmussen, 2020), or the meanings that loneliness can have with the territory in contexts of depopulation (Del Marmol, 2023). Other authors focus on the different forms of residence and the possibilities they offer for social access and intergenerational contact among older people who live alone (Portacolone, 2015) or the changes that new forms of residence bring about in traditional contexts (De Silva and Welgama, 2014).

The field of food practices and their relationship with loneliness has been explored, pointing out how the fact of eating alone can be related to a certain «dehumanisation» in the absence of eating (Medina, 2023), or how the loss of appetite or taste, characteristic of the experience of loneliness, refers to a loss of meaning and disengagement from the social and vital environment (Bofill, 2004). Other classic fields of the discipline also appear, such as migratory movements, in which some authors have delved into analysing how the experience of growing old in a context of repeated socio-spatial dislocations can shape uprootedness and loneliness (Rúa, 2017), how the displacement of refugee women offers a vision of prolonged separation at different levels of isolation (Boswall and Akash, 2015) or how rural-to-urban migration minimises older people's family and social networks and increases loneliness during old age (Ojembe and Ebe Kalu, 2018). Loneliness can also appear to be related to groups that have traditionally been excluded, especially in urban contexts, such as LGBTBI people (Coleman, 2009) or homeless people (Bachiller, 2010; 2012). Anthropological studies have also been interested in another type of loneliness, that which we could call desired or sought after, through the narratives of those who live in convents or monasteries (Durà-Vilà and Leavey, 2017; Freire Paz,

2023), or the relationships between loneliness and non-human agencies, such as transhumant Ciobani shepherds (Archer, 2018) or pet owners in urban contexts (Tomé Martín, 2022)..

III. Methods

The nature of ethnographic method does not allow for statistical significance, but it does make it possible to delve more deeply into the world of meanings and experiences, offering descriptions of the contexts in which social structures, cultural rules and individual experiences intersect. In the face of a certain reductionism when dealing with loneliness, other types of data are required to complement these figures, to fill these numbers with words, to appear with the necessary strength to speak of loneliness. This approach must arise from other ways of looking. There is eating alone, sleeping alone, shopping alone just for oneself, a time to fill without anyone else. And all this makes up this polysemic construct that we call loneliness.

As anthropologists, we know the experience of loneliness first-hand through what is perhaps one of the most descriptive elements of the anthropological discipline, the field-based ethnographic method. Loneliness and anthropology have had an ambivalent relationship, and some have even considered the discipline as «an academic compendium of lonely travellers' stories» (Snell, 2015). Loneliness would appear as a condition for approaching the other, being emotionally useful to explain the loneliness of the other because it places the ethnographer on an equal footing, in the same climate as the one he is approaching. As Valdés Gázquez (2023) points out, two crucial moments appear for the anthropologist in which it is difficult to escape from this loneliness, the Geertzian being there and being here.

The fieldwork for the collection of the empirical materials on which this ethnography is based was carried out from October 2019 to January 2023. Fieldwork was carried out in a community with a maximum period of continuous fieldwork of three months. For almost a year, between March 2020 and February 2021, no fieldwork was carried out due to the problems arising from the COVID-19 pandemic. From this date until January 2023, short stays were made, in addition to occasional visits to conduct interviews and delve deeper into the categories already designed for the analysis.

The interview was the fundamental tool used to develop the research, with a total of 38 interviews with 16 informants, most of them women over the age of 65. Initial concerns about setting up the interviews and conforming to established scripts and categories gave way to more open conversations with less artificial dialogue, soon to

take the form of «colloquial dialogue» (Martínez Miguélez, 2006). All the interviews were audio-recorded and transcribed, and although video recording was initially considered, it was discovered that the camera generated a certain limit when talking to most of the people when they were being interviewed. The object of study made this «prior contract of familiarity and trust» (de la Torre, 1997) very necessary to be able to approach any interview, but especially in this subject, when dealing with everything related to the world of emotions, especially if we talk about loneliness. This was possible thanks to previous work to generate this climate of trust, which was possible when the informants' home was opened up, which also allowed us to develop observations about the world of objects in these spaces of intimacy. During the research, participant observation has been another fundamental tool for gathering empirical materials. To observe is to make a set of human behaviours that occur in a specific domain of action or social situation the object of our senses (Díaz de Rada, 2011) to access these «structures of meaning specific to these contexts» (Vasilachis de Gialdino, 1992:31). The chosen object of study leads to reflection on what is observed to find the most appropriate formula for access: it was not human behaviour deriving from a specific social action that was being explored, but the absence of such behaviour. Therefore, the observations were aimed at situations of social contact, yes, but it was also necessary to reflect on everything that did not happen or that happened in a different way to what might be expected in a context such as this.

All empirical material collected through the different tools was transcribed and analysed using the qualitative data analysis software ATLAS.ti. The analysis of the different empirical materials has been carried out based on Grounded Theory (Strauss & Corbin, 2002). Field diary notes taken from observation and informal conversations were included during the coding process of the interview analysis. The categories developed for the interview script, which emerged from the previous readings and the first observations and informal conversations, were a useful tool for the initial analysis after the interviews were transcribed. New categories also emerged and were included in the analysis to recode the transcribed interviews.

IV. Ethnographic context

Extremadura has been characterised by a series of profound imbalances between population and resources, because of demographic growth and the limitations of available resources, aspects which reached their peak in the middle of the 20th century, and which have not been corrected to date. Migratory movements have been a fundamental feature in shaping its recent history. The 1950s was a decade of moderate emigration, with men between the ages of 25 and 45, but the 1960s saw a migratory phenomenon that affected all age groups, sexes, marital status, and activity, in an exodus that would make up what is known as «the third province», that of those who emigrated, made up of almost half a million people. Since 1980 there have been returns of former emigrants, but emigration resurfaced in the early 1990s. The impact of migration has led to a negative demographic balance (Cayetano Rosado, 2011) from which it has not yet been possible to recover, and which is worsening over time. We now find ourselves in a region with a highly depopulated rural area, a low population density and a high level of ageing.

This situation is related to a debate opened in the last decade around what has come to be known as «*España vacía*» («Empty Spain»), taken from the book by the writer and journalist Sergio Del Molino (2017). The text came to name and make visible a reality that was going unnoticed by part of public opinion, going on to identify the territory of the large depopulated areas of the peninsular interior, with very low population densities and a marked demographic imbalance, with a high masculinisation, significant rates of ageing and a lack of population of working age and with a certain level of training and suitability for employment (Navarro and García-Azcárate, 2019). In a critique of this concept, the term «*España vaciada*» («Spain emptied») (Sánchez, 2019) arises, which clarifies that these depopulated areas are not empty, but have been emptied, emphasising a series of policies that have not prevented this socio-demographic drift, but have often increased it. Without discussing each of these categorisations in detail, I believe that the adjective «emptied» is the one that seems most appropriate for the ethnographic context in which this fieldwork has been carried out, as it emphasises the process that has led to depopulation and abandonment, and it is in this space where the gaze and analysis have been placed.

My fieldwork has taken place in different villages in a region of Extremadura. Due to the intimate nature of some of the stories reflected in the text, it was necessary to increase any attempt to avoid their identification, so I chose to anonymise the names of the villages, which came to belong to the region with the fictitious name of El Llano. To speak of this region is to refer to an extensive plain bordering Portugal, whose economy has traditionally subsisted on agriculture and livestock, and which is far from any large population or industrial centre. Rather than a group of villages, we could speak of hamlets with populations scattered over the land that have formed small population centres dependent on a head town, Villanoble del Castillo.

In addition to Villanoble, there were eight villages where I carried out my fieldwork, where I had informants who, assiduously, agreed to carry out interviews, and where I was able to establish the different observation units. Villanoble acts as the head of the district and is the nerve centre of the main services: supermarkets, health centre, school, secondary school, social services, weekly market, bank and cash dispenser, bars, and leisure centres. The loss of population in the region was massive from the middle of the last century and led to a reduction in the number of inhabitants, although since the beginning of the 2000s this migration has stabilised and is maintained, although less marked, on a continuous basis. The population figures provided by the National Statistics Institute (INE) may seem positive when compared with reality, but they do not correspond to the population that inhabits them. In villages where none of these settlements has more than 200 inhabitants, the real population varies between 50 and 80 inhabitants per village. In winter the situation worsens. Some of these villages have only 5 inhabitants.

V. Blighted bodies

In the present, bodies age less abruptly than in the past, but there is a growing stigma attached to them and they are singled out for their decline and wear and tear, as opposed to young bodies in full condition, an aesthetic ideal to aspire to, turning old age into a «shameful bodily state»⁷ (Sibilia, 2012). It is around the incapacity of this body, which is often ill, that an imaginary is constructed that isolates and rejects everything that has to do with this vital stage. The construction of this vision is based on the fragility of a body those questions one of the most valued aspects of Western culture, autonomy (Pochintesta, 2012). A fragility that constructs the inability of the individual to fend for himself, bringing his body closer to a state of dependence on others, in a present in which social dynamics are based on processes of individualisation that tend to seek the total independence of the subject.

The lonely people in this ethnography are so because in addition to being isolated in increasingly depopulated contexts, living alone in their homes and having feelings of loneliness, their bodies are «blighted», understood as a meaning that escapes the dictionary, but which serves to emphasise the process by which these bodies have gone from being embedded in social life to being set apart, in which the process of «blightedness» is provoked by the stigma of ageing, by others. These bodies are rejected for social interaction because their biology loses some of its vitality. We find how their bodies do not allow for fluid conversations, as they must be spoken louder and louder, and what is said must be repeated more and more. Or how their limited mobility makes them uncomfortable when moving around in a group. Or how their smell begins to be different. Loneliness during ageing is built on the sensory base that begins to perceive less, with senses that are increasingly atrophied and sometimes unable to perform their functions. This process, therefore, is about how one becomes less perceived by others, even if the senses of those others are still functioning properly. The sensoriality of the lonely wants to and cannot, while that of the other can and does not want to. Loneliness, in this way, is not only one's thing, but there is also another who «blight». This chapter attempts to address the social and cultural

⁷ Author's translation of the Spanish original

construction of loneliness through the senses and the impact of the ageing process on them.

To speak of loneliness is to speak of how reality can be perceived in a more static, calm way, where time is paralysed and the stimuli for the sight are reduced. In loneliness, the gaze becomes fixed, stiffens, one begins to look inwards for longer, where memory returns to other times where it can find that dynamism that is lacking in the present time, to a review of what has been lived, which is not a reflex act of the eye but a memory. Loneliness fixes the imagination on points of the past while the present gaze struggles to find points that are personally and socially significant. Seeing is a learning experience, therefore a shared one. The world that one of my informants, Marcela, perceives in these days of old age is not the world that she encountered at other times in her life, a world that was mainly lived to the extent that it was shared. In this present world, a part of her experience has disappeared, of that which stimulated her vision: the others. Her husband, her children, her siblings, and many of her neighbours no longer inhabit this close world on which she gazes, the world of experience in which she now finds herself. Those who live in loneliness become even more isolated as their bodies begin to fail and physical deterioration limits their movement and action. In the case of Marcela, one of my informants, her loss of vision has a direct impact on her already limited relationships with those close to her. It hampers her ability to get around, whether on foot or by bus, «I haven't dared to take the bus for years». Organising her life also becomes more complicated, something that without the *Servicio de Ayuda a Domicilio*⁸ would be an impossible task. Those few activities that she still does need her sight, and without it, her anxiety about the world grows. To move around socially you need security and that security is offered by sight. Living in society allows us to provide ourselves, through others, with networks and shields of protection and security. Marcela lives in loneliness because she has lost part of her sight, but also because she has no substitute eyes, the eyes of an emotional and experiential environment.

⁸ A service provided by local institutions to cover those elderly people who need care in some social, psychological or home maintenance aspects.

Smell, like rest of the senses, is subject to the construction that we make in relation to the other. We smell and are smelled by and for others, as well as for ourselves. We elaborate our own perception of smell to the extent that others smell us, that cultural rules are established around what an acceptable or unpleasant smell means, which places us within or outside the limits considered as socially accepted and consensual. Pepe resists anyone entering his home, not even his nieces, the only members of his family, who try to ensure that every month he has what he needs to keep himself at home. His clothes are washed by Luciana when he can, as he occasionally goes to a watering place to soak them and leave them to dry in the sun, according to other neighbours who have seen him while walking in the mountains. There are those among the lonely who maintain a certain hygiene so that the lack of cleanliness does not translate into rejection by those who might approach and smell them, and even those who increase it to try to attract the rest and get out, even for a moment, of that space of loneliness. This is not Pepe's case; the perception of him is that this isolation from the world transforms him into someone «*desgraciado*» («unfortunate»), far removed from these minimum standards of cleanliness. He has lost social ties with others in recent years and hardly anyone knows his name, hardly anyone talks to him or enters his house, where he is kept in total isolation. This puts an end to his need to smell good, leading him to pay no attention to how he looks. To live, as Luciana points out, «*como un bichito*» («like a little bug»), among the manure that his goats leave at the door of his house, where not even the doctors enter when they come to pay him a little visit to see if everything is all right.

Eating, understood as a space of encounter and exchange with others, is the cultural expression of the act of eating. Eating alone, without company, reduces the space of eating, impoverishing, and limiting it, converting the eating context into just eating. Eating alone can be one of the greatest symbols reflecting loss or absence (Medina, 2023). Ageing is a process in which the human body degrades and, if we maintain that taste is a sense that is particularly involved from the rest, this degradation will affect the decrease in the capacity of the taste buds, but also the loss of teeth and significant problems in swallowing food. This loss is even greater, as the ability to smell, which is intimately linked to the possibility of savouring food for enjoyment, also disappears. This can lead to a loss of appetite, which is associated with living

alone⁹. When loneliness arrives, the space for eating disappears, the table becomes just a table and food becomes exclusively food. The daily meeting with a partner or children used to take place, at the very least, around a table, although changes in current eating practices are beginning to draw a different scenario in which eating in the home is reduced. The present of loneliness translates into a way of eating in which the lack of encounter with others detracts from the importance of the act of sitting down at the table, with the ritual of eating disappearing. There are those who refer to a faster way of eating in which one does not savour, does not enjoy, but simply ingests. Because the pleasure in eating lies in tasting the food, but also in others, in a ritual that begins even before eating, when the tablecloth, cutlery and plates are laid out to await the arrival of the rest of the family. All this disappears from the actual loneliness and meals are no longer eaten at the living room table but are moved to the kitchen table. «And so I cook here and I have everything to hand, I don't have to carry and fetch, all by myself», says Rosi, another of the women interviewed, who tells me how she eats some meals standing up, without sitting down, to avoid the bad moment of looking across the table and finding an empty chair. The table in Luciana's house is not dressed, there is no need to use the tablecloth daily. Eating suggests the memories of those who left.

That of hearing a sense of interiority that «brings the world into one's heart» (Le Breton, 2009: 97). Those who live in loneliness do so in silence most of the time. Hearing is an «eminently social sense» (Wulf, 2002) that unites human beings and helps them understand each other through the reception of spoken messages. The absence of others in the home leads the lonely to seek to end the silence, to fill their ears with words to alleviate this loneliness, even if it is not a dialogue in person and must necessarily be mediated, for example, by a telephone. Phone calls seem to be the handle to hold on to escape from loneliness, the expected encounter with others throughout the day. Many of these people remain close to their landlines waiting for a call, with a certain anxiety in the waiting. The telephone set still occupies a central space in the living room, with a chair dedicated to resting while talking, the call is

⁹ As Contreras (Rizzolo, 2018) points out, when an older person is widowed and has no children living with them, they often lose their appetite due to a lack of motivation to cook for others, which leads to a loss of structured meals or the preparation of healthy meals.

expected to be long, the chair invites extended conversation. Visits from relatives are now replaced by phone calls, the main source of communication with the family. These conversations are held to fill the lack of physical presence with words. But television has also become a solution to escape the silence, appearing as the device that replaces this lack of communication. From first thing in the morning, the television, and sometimes the radio, is switched on in homes at a high volume so that it can be heard from all corners, while the basic tasks of cleaning and maintenance of the house are being carried out. The voice of the announcer or the talk show hosts of one of the morning programmes fills the mornings of these people. This presence turns the television into something more than an electronic device and the presence behind the screen humanises, but also the simple presence of the device that is seen as part of the everyday life of the home, almost like another member, indivisible from the daily routines. It becomes an indispensable element of the home because it is the only one that can fill with sound the silence of the absences of those who are no longer there. A silence that is related to the lack of humanity and to put an end to it is necessary for words to appear that make the fears derived from the night flee. To restore sound in the home, to flee from silence, is to re-establish a part of humanity that was suspended, silenced.

Photos serve to bring those who are no longer with us into the present, to bring them closer through a moment frozen in time. When one takes a frame with photos, an album, or a box in which they are kept among other memories, one always resorts to touch to accompany the memory to the present. As if the touch of that image helps to shape the narrative to describe what is stored in the snapshot as a decontextualised image for the first-time viewer. My informants touch the photo with their hand, running their thumb over the faces of those in the picture. The power of these images, transformed into the presence of the one who is absent in the now, can transport them to that past when the encounter was possible. The absence of hugs, caresses, and kisses, that emotion born of the impossibility of a physical encounter with the other, is an important part of the construct we refer to as loneliness. This whole world of gestures and caresses disappears with the death of the spouse or is reduced in the case of children and grandchildren to weekend visits. Loneliness translates for the sense of touch into a different form of perception, as it is no longer possible to touch those who are no longer there, but only to evoke through an image printed on a photograph that substitute for touch. Loneliness is

having nothing to touch with meaning and sensitivity, except that which evokes the loved one. Touch is stripped of its capacity for pleasure or tenderness. But loneliness is also not being touched: the daily kiss of the children disappears, reserved only for visits that always seem few; the embraces with other women, neighbours, who are no longer there, disappear; also, the possible intimate encounter with that other loved one. Thus, only a certain memory of touch remains alive, a memory of others, which shapes that reminiscence of touch as one of the strongest presences for those who remain on this side, who suffer the loss. It is in the memory of those who have gone that this presence of touch appears, it is there that the greatest degree of encounter with the other occurs when one is alone.

VI. Desolate households

The space of the home appears as «the appropriate microclimate for human relations» (Martí García, 1983), in which a whole narrative is inscribed that accompanies the life of those who inhabit it. For a group of rooms to be called a home, they must have a shared history imprinted on them that endows them with the chronicle of everyday life. The house is a metaphor for the life that is lived in it, for the social interactions that take place in it, for those who walk through it and live in it. But when the house begins to be uninhabited, another story opens. We can detect these first signs of loneliness when the passing of life begins to stop, time begins to slow down, like a clock that no longer has anyone to wind it up and begins to be out of time. Loneliness empties the space, but it also slows down time. When the house begins to lose actors, the theatre of the home changes from a choral play to a monologue where social life begins to decay, and it is in these moments that the narrative of loneliness makes its debut. This has a different style to that of the inhabited house, in which the fabric of culture disappears when the house is empty. For where, a priori, we could affirm that only absence remains, we can see how the reflection of those who lived in it also remains, all that culture created around a language and symbols.

The home environment is the central place where the lives of the elderly develop. The home can be seen as an indissoluble part of the subject when old age arrives, one more appendage, a sign of identity that reflects the way in which they live their days. When living in loneliness, the centrality of the house tends to be greater, with a deeper identification with everything that makes up the home. The absence of the other is ultimately manifested in the house, which becomes a reflection of the lost presence, a guardian of that which once was, where the materiality of the home enables contact with the one who is no longer there. The house is linked with «*lo mío*» («what is mine»), something of its own, which belongs to it, which is directly linked to the understanding of identity, to the way in which life is constructed. «*Lo mío*» forms a part of the subject that tries to compensate for loneliness and lack of companionship. The horizon during ageing is closely linked to staying in the house, which appears as a space that is important to the extent that memory has shaped landmarks around the different rooms. The house, each of the rooms, has a capacity to evoke the past that was filled with a continuous presence. To leave it, to end up in

a residence, or to move from house to house with one's children, is to exhaust the evocative capacity of nostalgia, and to face the reality of another kind of loneliness.

Nostalgia, in its different meanings, is an emotion that arises from the pain of longing for what we consider to be our home, and which is far away in time or space. The time Marcela longs for is the time when she could share with others, when life was full of meaning insofar as it was shared within the confines of her home. If nostalgia focuses on that place from which one is absent and distant, a certain need to return to the homeland, the place to which Marcela wants to return is not a physical place, since she is still at home, but that homeland is to be found on a temporal plane, in the now distant yesterday. Marcela's memory goes back to the memories of the courtyard of her house during the massacre or to the living room of her house which is now empty, and which used to be filled with her relatives and neighbours who came to visit her, or children and young people who came to do their homework or to play with her daughters. This remembered past is outlined according to the expectation of what her future would be like. He grew up in a time when close community was fundamental in an environment where strong ties could be maintained. His childhood was accompanied by the elders who at that time were valued and played a central role in the development and learning of these new generations, with a very close coexistence in which the word community had a full meaning. For years she envisaged a future in which she could grow old being at the centre of her family's life, at home, surrounded by her family. Her home, the one she now occupies alone, was for years the place of her whole family, but also of a part of the community, where she found a sense of belonging. An image, perhaps idealised and romanticised, but which is the driving force behind the creation of expectations that have an impact on the ways and means of accepting and facing the present of loneliness. An image of those days that feeds an expectation that has not been fulfilled, conditioning the present, where thought always returns to that past time.

Among women who have lost their loved ones at an advanced age, the absence of physical contact seems to be accepted as inevitable, with no possibility of recovering this space for contact and physical encounter, which is only reserved for encounters with images of these loved ones. When the possibility of a new encounter appears, a rejection based on a certain «disgust» may arise in the face of an encounter with a body that is recognised as «old». Although such accounts are difficult to access,

Luciana gave me an example of what it was like to be confronted again with intimate physical contact, even if the idea of care prevails among those who are alone and widowed. After the death of her husband and the passing of a period of mourning, one of the villagers, also a widower, began to pay more and more attention to her, and even hinted at the possibility of a courtship. Luciana, however, rejected this possibility. Her refusal, reinforced by the idea of mourning her husband, stemmed from her rejection of the encounter with an unknown body in intimacy, which she had never touched or seen. But above all, the argument is based on the stigma surrounding the «old body». The rejection is based on the refusal of an encounter with a «new», unknown body, but above all it is emphasised that this is an old, older body¹⁰. One rejects the encounter with another body, be it «new» or «old», but especially one does not want an «old body» as one's own. Despite recognising that she is «old» and so is her body, the rejection of the encounter with another body is based on the fact that the mere thought of it arouses negative emotions that are verbalised as disgust.

Fear is one of the elements that shapes the lives of lonely older people, many of their decisions and concerns. It is a real or imagined threat that goes hand in hand in these last years of their lives, becoming, as with silence, another presence from which they try to flee. The social sciences have differentiated between fear and other emotions such as anguish or helplessness, but for an approach to the relationship between fear and loneliness, Boscoboinik's (2016) definition seems very accurate: «the representation that a person has of their own vulnerability linked to the risk perspective of a situation (...) we feel fear (...) when we feel vulnerable». Vulnerability plays a fundamental role in the case of solos, as fear is based on this fragility in the face of the possibility of suffering harm, which emerges as a category for understanding the orders of these lives. This fear refers above all to those evils that may be inflicted on them by other people, especially those who are strangers to their environment, strangers or «outsiders». It is in the face of strangers that their

¹⁰ Kolnai (2013: 82-91) explores the relation of disgust to life and death through the very close relationship between that which produces disgust and the recognition of the body's own vulnerability and the process of degradation that leads to death as this emotion becomes conscious.

vulnerability is most present. Part of this fear is also based on the possibility that, should their lives or their integrity be in danger, there will be no one to help them. Fear is built on the helplessness of being in almost uninhabited villages, where the absence of community translates into an absence of help, or, if help exists, it is, like them, so vulnerable that it cannot offer a remedy. For some women, nighttime accentuates loneliness, making them feel trapped in their own homes, a scenario that paints a very different picture from what the night might have meant in the past as a meeting space (Bennett and Victor, 2012). During the day, the possibilities for escaping the emptiness and loneliness of their homes are much greater, as there is the option of going out for a walk, carrying out everyday household activities such as going shopping, finding an excuse to visit one of the few neighbours who still live in the village, or receiving such a visit, something that is not frequent. However, the night leaves little room for these distractions. And it is in the silence of the night that the fear of those who live alone is constructed. Luciana misses sleeping as if she had company, that is, sleeping peacefully. The house becomes even more silent at night. At a time when there are no conversations during the day either, it is the silence of the night that becomes terrifying, that makes her even more alert. It is the feeling of being alone that makes her nocturnal experience a place where fears reside¹¹. The encounter with oneself, with loneliness and the silence of the night can become a fear that breaks the tranquillity of sleep, «those who fear silence lie in wait for a sound that humanises the place» (Le Breton, 2009: 114).

During the ageing process, one of the most important aspects of everyday life is medication. Among the elderly, polymedication is increasingly common, which, although it has improved the wellbeing of chronically ill people, is also related to a shift in care approaches that has been developing since the 1980s. Increasing numbers of people are taking antidepressants or anxiolytics in later adulthood¹². In

¹¹ Night is a space of time in the day that appears to be the right time for the encounter with oneself: «hearing is a sense of interiority, it brings the world into one's heart, when sight brings it out of one's heart» (Le Breton, 2009: 97).

¹² Problems related to sleep disturbances, states of loneliness after the loss of a partner or anxiety have been raised as those that make this age group one of the main consumers of anxiolytics (Santos Pérez, 2020).

these contexts, pills start to appear after widowhood. They may be the result of a way of coping with grief or bereavement that has changed in recent years, when family and community support for coping with loss is no longer available, especially among older women. The thought of loss repeatedly pops into one's head and there is no comfort in the support of other figures such as grandchildren, for example, a way of looking to the future with some hope. Several women reported that they started taking pills «for nerves» or «for depression» after the death of their husband. All these women were left alone when they became widowed, in a house that began to be shared with a new presence, that of pills to cope with what many women refer to as sadness, and which is identified as a feeling that derives directly from states of loneliness. Close observation and conversation in the homes leads to metaphors that suggest that sadness was directly related to loneliness, especially when its origin is revealed in the moments when these women were left alone in the home. The presence in the kitchen of a pill box, on the bedside table or on the dining room table of a special box in which to accumulate medicines, with benzodiazepine derivatives and antidepressants in different formats, is evidence of the sadness of life in loneliness.

Loneliness is also linked to boredom, to «being unwilling», a negative feeling that leads the person to react to a reality in which they do not receive sufficient stimuli. With the arrival of loneliness, the culinary space begins to reduce the elaborations, which become simpler and simpler, losing the richness of the stews and those dishes that take longer to prepare. The fact of not having someone to share them with leads to a reduction in the time taken to prepare them, but also those meals reserved for special days, holidays, such as Sunday lunch or Christmas. But if anything reduces the complexity and leads to boredom, it is the disappearance of the meal, which opens up a time in which all the acquired customs surrounding cooking and eating are broken. The lack of stimuli and of encounters with others leads to a certain apathy in those who live in loneliness, who stop paying attention to forms, but also to schedules. Thus, the mealtime space can become so devoid of stimulation, so boring, that it leads those who live alone to avoid it. Boredom becomes the primary ingredient of the dishes served every day at the table of the lonely. This emotion populates the table and, like fear, nostalgia, sadness, or rejection, begins to form part of the house when it is inhabited by a lonely person. On the new ecosystem that is formed, different emotions begin to populate the whole house, as if they were trying

to take over the house and with their presence drive away the person who is still in the home.

VII. Villages in loneliness

In the case of this ethnography, the focus of attention appears in the passage of time as a key category. Time passes differently in the region of El Llano depending on the season we are in. If the coldest months of the year, from October to the end of March, the villages have less social life, from the arrival of Easter Week, in spring, life begins to transform and is much richer until the end of September. This is due, on the one hand, to the improvement in the weather and the hours of daylight that allow more life in the streets, so that the number of meetings increases. But also, because migrants who were born and raised in the town return during these warmer months to spend some time here. Moreover, this cyclical axis is part of a different way of looking at historical times. Due to the lack of contact with others, in these colder months, the gaze is placed on the past, that other time filled with company and social relations, but also on a horizon of the future, which takes on a double aspect. In the long term, this future appears as a denial of the possibility of an encounter with the other, with resignation towards the disappearance and total abandonment of the people, as many people assume. But in the short term, one looks with some hope to the near future, to that summer that will come and bring back those who left. In the central months of the year, however, time focuses on the present, on the now, on the moment when the social life of the village can be enjoyed again, the one that the inhabitants look forward to all year round.

Time becomes slower and more leisurely in winter. The silence, the stillness, the leaden passage of the days becomes the reality of the months from September to May. During these days, which make up the greater part of the year, time seems to stretch out, contrary to the reality of shorter days during these months. In these villages it is necessary to make a greater effort for any activity, as it requires more travel and a greater investment of time, especially in winter. These are times of harsher loneliness. As Cerrillo Vidal (2017) points out about an ethnography in the Spanish rural depopulated areas: «associated with winter, always the same word: loneliness. The semantic chain is constantly repeated: real people-winter-loneliness». Winter moves people into private space, bringing with it increased loneliness because of this increased seclusion. Especially among older people who live alone, winter means an almost complete lack of encounter with others. In several of the villages there is no possibility of life outside the house, as shops and bars have

long since closed. Only the weekend mass is a change in the daily life, a transformation of the slow passing of time. But even on those days of mass the possibility of meeting people is very restricted. Summer is a time for meeting people, but winter is a time for dwelling alone at home. A home that is lonely, and in the rest of the village most of the houses are empty, with no one to live in them. Winter becomes in these villages the season that extends beyond the months it temporarily lasts. Although summer appears as a balm of sociability and a meeting with those who have left, the harshness of winter slows down time and compresses those summer days full of presence. The break in that time is not enough to avoid the loneliness of the rest of the year. Winter stretches into an incessant season, marking the time of loneliness. For some, not even the ritualistic moments of Christmas or the festive season, which are supposed to break with the normal course of time, help to change the pace. Because rituality, without others to share it with, seems doomed to disappear.

Throughout history, the pig slaughter («*la matanza*») in Extremadura has become a ritual that has shaped a sample of the culture, which forms a fundamental part of the traditions and ways of life of this region (Conde Caballero et al., 2023). This «*matanza*», as Díaz Hernández (2004) points out, is «the reflection of a society with peasant roots that takes advantage of the resources of the area and that sees pig breeding as a way out in times of scarcity», times that in the case of Extremadura have occupied an important part of its history¹³. When Julio recalls the «*matanzas*» of the past, a change that has been taking place in recent years comes to light. «*En aquel tiempo*», which is an indefinite time but is part of the recent past, his daughter was still nearby, in Villanoble, and she joined in the preparation of the stews. She was especially helpful on the day of «*matanza*», as she knew how to make the «*chorizos*» like her mother, who had taught her the secret of the exact mixture, how much to fill each casing with and how to tie the string with the exact knot to have the perfect amount of «*chorizo*». And that formula was the one that had reached Adela at home through her mother, who in turn had taken it from her grandmother. Thus, the hands

¹³ As Ibarra Barroso et al. (2010:31) point out: «The *matanza* is an exhaustive strategy that leaves little or no room for improvisation, which only indicates the capital economic, social and cultural importance that this ritual has had in Extremaduran society».

that are missing are those necessary to be able to carry out the entire sausage-making process, but there is more. Their hands are needed, which appear as one more link in the chain that binds the family together and links the past with the present, which serves as a container for a type of knowledge that, although not exclusive, is characteristic of a way of doing, of making, that has to do with a culture that makes up the family legacy. The «*matanza*» has become a less and less numerous events, where not even the children take part in the day, even though the most suitable dates are sought so that everyone can be present. What had been the most important (and necessary) family and social gathering of the year could now be relegated to any other minor event.

Bars and churches have been considered as significant spaces for the social relations of older people and can be framed within what Oldenburg (1989) referred to as «third places»: those where people spend time between home («first place») and work («second place»), where they meet to socialise. Research has approached these spaces to investigate the social relations that take place in them, which are highlighted by the gender variable, with churches being the ones that to a greater extent have been spaces for women's sociability, as opposed to bars, spaces restricted for a long time exclusively to the male gender. For Putnam (2000:93), these places facilitate interaction with those close to them who are outside the family circle, in such a way that the encounters that take place there provide a fertile space for building greater social capital. In the case of Spain, Buz et al. (2014) explored churches and bars as those third places that can be understood by older people as spaces where they can socialise and meet. Spaces for socialising are increasingly restricted in these villages, being limited to bars and churches, with a clear gender differentiation between the two. In both, very different social relations are drawn, in which subjects appear who, even in these spaces of socialisation, cannot overcome their loneliness. If in the past in these villages these «third places» played a fundamental role in social life, their persistence is posed in a reality in which more and more empty benches appear in the churches and a greater number of unoccupied stools in the bars, empty places that gradually announce that these places seem destined to become vestiges of what in the past was once full of encounters.

When people talk about the changes that have taken place in recent years, all the reflections revolve around the past, full of social life but also of shortages, to the present, with better living conditions, but in which it is difficult to maintain life and social contact, in villages that are becoming increasingly empty. This has a direct impact on the social life of the village, from which the characteristic elements that gave it its identity are gradually disappearing. A walk through these villages is a journey through the memory of the lack and absence of what has disappeared or is on the way to extinction. There are fewer and fewer smells of casseroles in the streets, the smell of freshly baked bread having been buried when the last bakery closed. The smell of firewood in winter is also disappearing, and the smoke that is a sign that there is a fire in the house and, therefore, there are those who need warmth inside, is disappearing from the landscape. More and more houses are being demolished and abandoned, behind which lie stories of migration and non-return, of the last inhabitants who died old and with their offspring far away, homes to which nobody wanted to return because their lives were built far away. This walk shows us streets with all their shutters down or with numerous balconies with «For Sale» signs, as opposed to a minority of those who still have a few flowerpots to decorate them. And beyond the streets, beyond the village limits, the landscapes are transformed and at risk. There are fewer and fewer vegetable gardens, less and less cultivated land, fewer and fewer animals in the countryside. In contrast to the past, which was full of work, nowadays there are more and more tourists. Villages are emptied of productive life and this space is filled, it seems that never enough, with tourism, transforming and emptying the social landscape of the village.

Reality is built around lack and loneliness that is reflected at the individual level and that impacts on bodies, but also on social spaces, the home, and the community. The phrase «how many people are missing around here» is repeated by Jacinta in many of our conversations. In the rest of the street, her street of always, the only thing that can be found is the absence in homes that were emptying, at first because the younger generations were going away, but then also losing the older generations when they died without replacement, leaving the homes empty, but also the streets empty. A few years ago, in the small square outside their house they could meet other women who stopped to talk or who went out to sunbathe while they finished preparing the day's pot, or after returning from a little shopping in the village. The reality of the present is projected into a future in which perhaps Jacinta will be the

last inhabitant of that street. And this is expressed through the absences of neighbours who have already died and whose houses have become empty.

Community loneliness, understood as the absence of social life in the village, translates into an impossibility of projection, in a horizon that announces the end of the village as it was known, on a slow path towards abandonment. This idea is based on the absence, for example, of children in the streets, of closed schools, of future inhabitants to populate these places. The few children who appear there, such as Azucena's grandson, are cared for as if he were everyone's son, as if the possibility of a horizon as a people were based on him. Because beyond him, there is no one to «leave him» to, with no possibility of descendants. In Encinares they remember how the last child was born there ten years ago. In Bateles, the youngest is 18 years old, the last girl who was born and grew up in the village. The horizon is childless, with playgrounds that are rusting away without any children to play in them, with the disappearance of the school as a metaphor for not having anyone to leave the village to, as the end of the possibility of social reproduction could mean the death of the village.

VIII. Conclusions

Loneliness has been a problem in Western societies since the mid-twentieth century, the beginning of a growing concern that continues to this day and occupies an important place in public debate. However, its origins can be traced back to the earliest stages of human history, as those who have attempted to trace a historiography of loneliness have pointed out. The main approaches that have dealt with loneliness have constructed the scientific discourse from the interpretative hegemony of positivism, circumscribing its problematic to psychology through the theories of authors such as Weiss (1973), Perlman and Peplau (1981) or De Jong Gierveld (1987), who adjust it to the frameworks of emotion and individuality. The development of standardised scales (de Jong-Gierveld & Kamphuis, 1985; Russell et al., 1978), which tend to reduce this concept to the framework of measurability, has contributed to this. Later approaches that configure it as a device of evolutionary response to danger in the absence of a close group (Cacioppo and Patrick, 2008), bring loneliness closer to the biomedical logic of cause-effect relationship with different health problems, but also imply a universalist view of this experience. This work has sought to avoid these interpretations. The main objective has been to open a space through the tools of the ethnographic method to propose new paths to follow, trying to avoid talking about figures and prevalence in order to focus on the construction of loneliness from the social and cultural experience. The categories of analysis were constructed from other disciplines, so I have tried to open this notion through the perspective that anthropology can offer.

In contrast to the approaches that have traditionally dealt with this object from a psychologistic perspective, a view has been proposed that transcends the emotion to enter the social and cultural aspects of its construction. If a discourse has been constructed that restricts loneliness to the physical and psychological consequences it has on those who experience it, here I have tried to approach the extent to which it can push at the limits of culture. In opposition to conceptions that subject it to universalist approaches, I have focused on the need to talk about its construction based on cultural expectations that are dependent on the specific context in which they are shaped. If it has been proposed to measure it with scales to attend to its prevalence from the empire of the figure, this approach is born from the implementation of the ethnographic method to construct another way of observing

away from what is measurable in numbers. In the face of the reductionism to which loneliness has been subjected, this work has attempted to open its genesis and construction. The traditional models of approaching loneliness still appear to be insufficient. With this thesis we have tried to widen the space of uncertainty, to look at this object of study as a state constructed from the social, which empties a part of the subject's life, but fills it with answers and other relationships from the culture.

From this perspective, I have paid attention to «blighted» bodies, bodies marked by the ageing process and its consequent deterioration that can be observed through the senses as a means of expressing and achieving a relationship with others. Loneliness does not only appear because of the decline of the body as a result of the ageing process, but its genesis also lies in how society relates to the ageing person. The body is subject to a biological process that deteriorates its functions, but also to a social process from which older people are «blighted» through the stigma attached to their physique. Stigma, which for Goffman (2006:13) refers to «a profoundly discrediting attribute», marks older people to the point of moving them to a status where their humanity is subtracted, leaving the social space, and making them invisible. In today's Western societies, the bodies of older people are placed on the social stage in a different way than they were in the recent past. At present, they are relegated to what seems to be a social death prior to biological death. The elderly person embodies at the end of his or her days the «two unmentionables of modernity, old age and death», which become «the places of anomaly, they escape the symbolic field that gives meaning and values to social actions: they embody the irreducible of the body», thus becoming only «relegated, hidden bodies» (Le Breton, 2002: 142).

In the context observed, loneliness appears when one inhabits a world that does not seem to be one's own, a world constructed through unfulfilled expectations of social life. Loneliness is the impossibility of finding another equal with whom to share space and cultural practices, and it would be about the exhaustion of the hope of encountering those others with whom a community was formed. This thesis has tried to approach a form of social loneliness insofar as it is shared with others, those few who remain in these villages. A loneliness that would speak of the absence and disappearance of the community. This loneliness could be called cultural loneliness, related to the absence of encounters that can continue to shape the cultural world of experience as expected, in the sense that Wheeler et al. (2022) do in their work with

farmers following the ideas described by Monk (1999). For these authors, the concept of cultural loneliness would designate the loneliness that arises when the cultural group with which individuals identify is neglected and marginalised by the hegemonic society at large. It would refer not only to the quantity or quality of social relations and connections maintained, but to a perception that one's culture and identity are under-represented or threatened, leading to a sense of isolation, with shared feelings that relate to communal isolation.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS - BIBLIOGRAPHY

- Acosta Naranjo, R. (2020). El final del mundo rural. Ciudad y despoblación al comienzo del milenio. En R. Pfeilstetter & R. Acosta Naranjo (Eds.), *Pensar el pensamiento de otros. Escritos en homenaje al profesor Elías Zamora*. (pp. 51-66). GICED.
- Acosta Naranjo, R. (2022). Declive demográfico y representaciones del mundo rural. Aproximación desde la antropología a partir de la narrativa del siglo XXI. *La España rural: retos y oportunidades de futuro*, 89-104.
- Agren, A. (2017). What are we talking about? Constructions of loneliness among older people in the Swedish news-press. *Journal of Aging Studies*, 41, 18-27. <https://doi.org/10.1016/j.jaging.2017.03.002>
- Agulló, J. E. (2009). Espacios itinerantes: transhumancia pastoril y liminaridad social. *Ager*, 8, 75-93.
- Alberti, F. B. (2019). *Biography of Loneliness: The History of an Emotion*. Oxford University Press.
- Alby, J. C. (2004). La concepción antropológica de la medicina hipocrática. *Enfoques*, 5-30.
- Allerton, C. (2007). What does it mean to be alone? En R. Astuti, J. Parry, & C. Stafford (Eds.), *Questions of Anthropology* (Vol. 18, pp. 1-27). Routledge.
- American Psychiatric Association. (2013). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders: DSM-5* (5.ª ed.). American Psychiatric Publishing.
- Arce Sanmartín, R. (2000). La entrevista en el trabajo de campo. *Revista de Antropología Social*, 9, 105-126.
- Archer, A. P. (2018). The men on the mountainside: An ethnography of solitude, silence and sheep bells. *Journal of Rural Studies*, 64, 103-111.
- Augé, M. (1992). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa.
- Bachiller, S. (2010). Exclusión, aislamiento social y personas sin hogar. Aportes desde el método etnográfico. *Zerbitzuan. Revista de Servicios Sociales*, 47, 63-73.

- Bachiller, S. (2012). El aislamiento social como supuesto articulador de las teorías sobre la exclusión y el sinhogarismo: críticas y aportes etnográficos. *Cultura - Hombre - Sociedad CUHSO*, 19(1), 9-21. <https://doi.org/10.7770/cuhso-v19n1-art305>
- Barg, F. K., Huss-Ashmore, R., Wittink, M. N., Murray, G. F., Bogner, H. R., & Gallo, J. J. (2006). A mixed-methods approach to understanding loneliness and depression in older adults. *Journals of gerontology: social sciences*, 61(6), S329-39.
- Barrientos Alfageme, G., Pérez Díaz, A., & Rengifo Gallego, J. I. (1993). *Migraciones y dependencia: Extremadura entre el éxodo y el retorno*. Junta de Extremadura / Ministerios de Asuntos Sociales.
- Barrio Formoso, Ó., & Monasterio Astobiza, A. (2021). Espacio y soledad. Las raíces urbanas de la soledad no deseada. En M. Moscoso & T. Ausín (Eds.), *Soledades. Una cartografía de nuestro tiempo* (pp. 171-204). Plaza y Valdés.
- Barthes, R. (1989). *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*. Paidós Comunicación.
- Bauman, Z. (2003). *Comunidad: en busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Paidós.
- Beck, U., Giddens, A., Lash, S., & Alborés, J. (1997). *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza Editorial.
- Benedict, R. (2006). *El Crisantemo y la Espada: Patrones de la Cultura Japonesa*. Alianza Editorial.
- Bennett, K. M., & Victor, C. (2012). «He wasn't in that chair»: What loneliness means to widowed older people. *International Journal of Ageing and Later Life*, 7(1), 33-52. <https://doi.org/10.3384/ijal.1652-8670.127133>
- Berkman, L. F., & Syme, S. L. (1979). Social networks, host resistance, and mortality: A nine-year follow-up study of alameda county residents. *American Journal of Epidemiology*, 109(2), 186-204. <https://doi.org/10.1093/aje/kwx103>
- Berkowitz, R. (2009). Solitude and the Activity of thinking. En R. Berkowitz, J. Katz, &

- T. Keenan (Eds.), *Thinking in dark times: Hannah Arendt on ethics and politics*. Forthdham University Press.
- Bispo, R. (2014). Retratos da solidão: Sofrimentos e moralidades femininas na velhice. *Sociedade e Cultura*, 17(1), 41-50.
- Bispo, R. (2016). Tempos e silêncios em narrativas: etnografia da solidão e do envelhecimento nas margens do dizível. *Etnográfica*, vol. 20 (2), 251-274. <https://doi.org/10.4000/etnografica.4268>
- Blanco Carrasco, J. P. (2020). Vecindad y formas de vida de las viudas en el mundo rural del centro oeste español durante la Edad Moderna. En F. García González (Ed.), *Vivir en soledad. Viudedad, soltería y abandono en el mundo rural (España y América Latina, siglos XVI-XXI)* (pp. 136-158). Iberoamericana.
- Blanco Outón, C. (1999). *Introducción a la narrativa breve de Willian Faulkner*. Universidade de Santiago de Compostela.
- Bofill, S. (2004). Aging and loneliness in Catalonia: The social dimension of food behavior. *Ageing International*, 29(4), 385-398. <https://doi.org/10.1007/s12126-004-1006-3>
- Boscoboinik, A. (2016). ¿Por qué estudiar los miedos desde la antropología? *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 16, 119. <https://doi.org/10.17345/aec2016119-136>
- Boswall, K., & Akash, R. Al. (2015). Personal perspectives of protracted displacement : an ethnographic insight into the isolation and coping mechanisms of Syrian women and girls living as urban refugees in northern Jordan. *Intervention: international journal of mental health, psychosocial work, and counselling in areas of armed conflict*, 13(3), 203-215.
- Bourdin, G. L. (2016). Antropología de las emociones: conceptos y tendencias. *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas*, 23(67), 55-74.
- Bowlby, J. (1979). *The making and breaking of affectional bonds*. Tavistock.
- Brandes, S., & de Miguel, J. M. (1998). Fotoperiodismo y etnografía: el caso de W. Eugene Smith y su proyecto sobre Deleitosa. *Revista de dialectología y*

tradiciones populares, 53(2), 143.

Broncano, F. (2020). *Espacios de intimidad y cultura material*. Ediciones Cátedra.

Buz, J., Sanchez, M., Levenson, M. R., & Aldwin, C. M. (2014). Aging and Social Networks in Spain: The Importance of Pubs and Churches. *The International Journal of Aging and Human Development*, 78(1), 23-46. <https://doi.org/10.2190/AG.78.1.c>

Cacioppo, J. T., Cacioppo, S., Adler, A. B., Lester, P. B., McGurk, D., Thomas, J. L., & Chen, H. Y. (2016). The Cultural Context of Loneliness: Risk Factors in Active Duty Soldiers. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 35(10), 865-882. <https://doi.org/10.1521/jscp.2016.35.10.865>

Cacioppo, J. T., Fowler, J. H., & Christakis, N. A. (2009). Alone in the crowd: The structure and spread of loneliness in a large social network. *Journal of Personality and Social Psychology*, 97(6), 977-991. <https://doi.org/10.1037/a0016076>

Cacioppo, J. T., & Hawkey, L. C. (2009). Perceived social isolation and cognition. *Trends in Cognitive Sciences*, 13(10), 447-454. <https://doi.org/10.1016/J.TICS.2009.06.005>

Cacioppo, J. T., Hawkey, L. C., Berntson, G. G., Ernst, J. M., Gibbs, A. C., Stickgold, R., & Hobson, J. A. (2002). Do lonely days invade the nights? Potential social modulation of sleep efficiency. *Psychological Science*, 13(4), 384-387. <https://doi.org/10.1111/j.0956-7976.2002.00469.x>

Cacioppo, J. T., & Patrick, W. (2008). *Loneliness. Human Nature and the Need for Social Connection*. Norton.

Cacioppo, S., Grippo, A. J., London, S., Goossens, L., & Cacioppo, J. T. (2015). Loneliness: Clinical Import and Interventions. *Perspectives on Psychological Science*, 10(2), 238-249. <https://doi.org/10.1177/1745691615570616>

Campo Vidal, M. (2020). *La España despoblada: crónicas de emigración, abandono y esperanza*. Marcial Pons.

Cantera Montenegro, M. (2014). Miedo a la soledad y al desamparo. Algunas

respuestas de la sociedad y del hombre medieval. *En la España Medieval*, 37(0), 363-375. https://doi.org/10.5209/rev_elem.2014.v37.44462

Cantero, P. A. (2023). Músicas de soledad. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografía contemporáneas* (pp. 89-101). Tirant Lo Blanch.

Capellà Miternique, H. (2022). Soledad: La voz del desierto. *Estudios Geográficos*, 83(292), e099. <https://doi.org/10.3989/estgeogr.2022107.107>

Caro Baroja, J. (1979). *Ensayos sobre la cultura popular española*. Dosbe.

Casáis Martínez, Á. C. (2017). *Diferencias de la dieta en el estado nutricional de los ancianos que viven solos en una población costera y otra del interior de Galicia*. Universidad de Santiago de Compostela.

Casal Rodríguez, B., Rivera Castiñeira, B., & Rodríguez-Míguez, E. (2023). *El coste de la soledad no deseada en España*.

Cátedra, M. (2023). Encarar la soledad y envejecer con dignidad: senior cohousing urbano. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografía contemporáneas* (pp. 204-236). Tirant Lo Blanch.

Cayetano Rosado, M. (2011). Emigración exterior de la Península Ibérica durante el desarrollismo europeo. El caso extremeño-alentejano. *Revista de Estudios Extremeños*, 67 (3), 1653-1680.

Celestino Pérez, S., & Blanquez Pérez, J. (2007). Origen y desarrollo del cultivo del vino en el mediterráneo: la península Ibérica. *Universum*, 22(1), 32-60.

Cerri, C. (2015). Dependencia y autonomía: una aproximación desde el cuidado de los mayores. *Athenea Digital*, 15(2), 11-140.

Cerrillo Vidal, J. A. (2017). Estar solo en el campo, estar solo en la ciudad. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 11(1), 9-23.

Charpentier, M., & Kirouac, L. (2021). Experiences of loneliness among older people

- living alone. A qualitative study in Quebec (Canada). *Ageing and Society*, 1-22.
<https://doi.org/10.1017/S0144686X21000349>
- Choe, H. (2019). Eating together multimodally: Collaborative eating in mukbang, a Korean livestream of eating. *Language in Society*, 48(2), 171-208.
<https://doi.org/10.1017/S0047404518001355>
- Classen, C. (1997). Fundamentos de una Antropología de los Sentidos. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 153, 401-412.
- Clemente, J. E. (1969). *Historia de la soledad*. Siglo XXI Editores.
- Coleman, L. (2013). A view from anthropology: Anomie and urban solitude. En R. J. Coplan & J. C. Bowker (Eds.), *The handbook of Solitude* (pp. 483-498). John Wiley & Sons.
- Collantes, F., & Pinilla, V. (2019). *¿Lugares que no importan? La despoblación rural desde 1900 hasta el presente*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Conde-Caballero, D., Rivero-Jimenez, B., & Mariano-Juarez, L. (2021). Memories of hunger, continuities, and food choices: An ethnography of the elderly in extremadura (Spain). *Appetite*, 164. <https://doi.org/10.1016/j.appet.2021.105267>
- Conde Caballero, D. (2023). Cuando ya no somos. Antropología para comprender la(s) soledad(es) en personas con demencias. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografía contemporáneas* (pp. 105-122). Tirant Lo Blanch.
- Conde Caballero, D., Rivero Jiménez, B., & Mariano Juárez, L. (2023). Tradition, upward social mobility, and sophistication: An ethnographic appraisal of the patatera. *International Journal of Gastronomy and Food Science*, 31, 100651.
<https://doi.org/10.1016/j.ijgfs.2022.100651>
- Contreras, J., & Gracia, M. (2005). *Alimentación y cultura: perspectivas antropológicas*. Ariel.
- Corbin, A. (1987). *El perfume o el miasma. El olfato y el imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. Fondo de Cultura Económica.

- Corbin, A. (2019). *Historia del silencio. Del Renacimiento hasta nuestros días*. Acantilado.
- Csordas, T. J. (1990). Embodiment as a Paradigm for Anthropology. *Ethos*, 1, 5-47.
- Cunha, L. (2006). Dinâmicas e processos de transformação económica: Do contrabando à indústria de torrefacção de café em Campo Maior. *Etnográfica*, 10(2), 251-262.
- Cunha, L. (2023). A solidão no coração da festa: a guerra de Mouros e Cristãos em Sobrado. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografía contemporáneas* (pp. 405-422). Tirant Lo Blanch.
- Ćurković, M., Dodig-Ćurković, K., Erić, A. P., Kralik, K., & Pivac, N. (2016). Psychotropic medications in older adults: A review. *Psychiatria Danubina*, 28(1), 13-24.
- Da Matta, R. (1999). El oficio del etnólogo o cómo tener “Anthropological Blues”. En M. Boivin, A. Rosato, & V. Arribas (Eds.), *Constructores de Otriedad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural* (pp. 172-178). Antropofagia.
- Dahlin-Ivanoff, S., Haak, M., Fänge, A., & Iwarsson, S. (2007). The multiple meaning of home as experienced by very old Swedish people. *Scandinavian Journal of Occupational Therapy*, 14(1), 25-32. <https://doi.org/10.1080/11038120601151714>
- David Wormald, A. B. (2018). *Loneliness in Older People with an Intellectual Disability*. Trinity College Dublin.
- Davis, A. (2016). Coming home again: Johannes Hofer, Edmund Spenser, and Premodern nostalgia. *Parergon*, 33(2), 17-38. <https://doi.org/10.1353/pgn.2016.0073>
- De Certeau, M., Giard, L., & Mayol, P. (1994). *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*. Universidad Iberoamericana.
- de Jong-Gierveld, J. (1987). Developing and Testing a Model of Loneliness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53(1), 119-128. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.53.1.119>

- de Jong-Gierveld, J., & Kamphuis, F. (1985). The Development of a Rasch-Type Loneliness Scale. *Applied Psychological Measurement*, 9(3), 289-299. <https://doi.org/10.1177/014662168500900307>
- de Jong-Gierveld, J., & Van Tilburg, T. (2006). A 6-item scale for overall, emotional, and social loneliness: Confirmatory tests on survey data. *Research on Aging*. <https://doi.org/10.1177/0164027506289723>
- de la Torre, R. (1997). La comunicación intersubjetiva como fundamento de objetivación etnográfica. *Comunicación y Sociedad*, 30, 149-173.
- de Silva, M. W. A., & Welgama, J. (2014). Modernization, Aging and Coresidence of Older Persons: the Sri Lankan Experience. *Anthropology & Aging*, 35(1), 1-26. <https://doi.org/10.5195/aa.2014.35>
- Defoe, D. (1837). *Las aventuras de Robinson Crusoe*. Imprenta de J. Verdaguer.
- Del Mármol Cartana, C. (2023). Habitante el olvido: de abandonos, desconexiones y soledades en el Pirineo catalán. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografía contemporáneas* (pp. 259-277). Tirant Lo Blanch.
- Del Molino, S. (2017). *La España vacía: viaje por un país que nunca fue*. Turner.
- Del Valle, V. (2022). Sólo se vive una vez: el fenómeno "honjok" en Corea del Sur. En B. Bavoledo, D. Chaure, & M. Benítez (Eds.), *Corea ante un nuevo cambio de época. Aproximaciones desde el Sur Global* (pp. 551-565). Universidad Nacional de La Plata.
- Dell, N. A., Pelham, M., & Murphy, A. M. (2019). Loneliness and depressive symptoms in middle aged and older adults experiencing serious mental illness. *Psychiatric Rehabilitation Journal*. <https://doi.org/10.1037/prj0000347>
- Díaz de Rada, . (2006). *Etnografía y Técnicas de investigación antropológica*. Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Díaz de Rada, . (2011). *El taller del etnógrafo. Materiales y herramientas de investigación en Etnografía*. Univesidad Nacional de Educación a Distancia.

- Díaz Hernández, O. (2004). La matanza extremeña: un estudio etnoarqueológico. *Revista de Estudios Extremeños*, 60(1), 61-82.
- Díaz Méndez, C. (2005). El modelo alimentario español: entre su cumplimiento y su trasgresión. En C. Díaz Méndez (Ed.), *¿Cómo comemos? Cambios en los comportamientos alimentarios de los españoles* (pp. 73-104). Fundamentos.
- DiTommaso, E., & Spinner, B. (1993). The development and initial validation of the Social and Emotional Loneliness Scale for Adults (SELSA). *Personality and Individual Differences*, 14(1), 127-134. [https://doi.org/10.1016/0191-8869\(93\)90182-3](https://doi.org/10.1016/0191-8869(93)90182-3)
- Dong, X. Q., Chang, E. S., Wong, E., & Simon, M. (2012). Perception and negative effect of loneliness in a Chicago Chinese population of older adults. *Archives of Gerontology and Geriatrics*, 54(1), 151-159. <https://doi.org/10.1016/j.archger.2011.04.022>
- Donio-Bellegarde, M. (2017). *La soledad de las mujeres mayores que viven solas*. Universitat de Valencia.
- Donio-Bellegarde, M., Pinazo-Hernandis, S., & Dominguez, T. N. (2014). La representación cinematográfica de la soledad en la vejez: selección de films. *INFAD Revista de psicología*, 2(1), 185-192. <https://doi.org/10.17060/ijodaep/2014.n2.v1.022>
- Durà-Vilà, G., & Leavey, G. (2017). Solitude among contemplative cloistered nuns and monks: conceptualisation, coping and benefits of spiritually motivated solitude. *Mental Health, Religion & Culture*, 20(1), 45-60. <https://doi.org/10.1080/13674676.2017.1322049>
- Durkheim, E. (2012). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Fondo de Cultura Económica.
- Durkheim, É. (2013). *El suicidio*. Akal.
- Dykstra, P. A., van Tilburg, T. G., & Gierveld, J. de J. (2005). Changes in Older Adult Loneliness: Results From a Seven-Year Longitudinal Study. *Research on Aging*,

27(6), 725-747. <https://doi.org/10.1177/0164027505279712>

- Eaker, E. D., Pinsky, J., & Castelli, W. P. (1992). Myocardial infarction and coronary death among women: psychosocial predictors from a 20-year follow-up of women in the Framingham Study. *American journal of epidemiology*, 135(8), 854-864.
- Eco, U. (2014). Dando a cambio nuestra privacidad. *Infobae*. <https://opinion.infobae.com/umberto-eco/2014/07/11/dando-a-cambio-nuestra-privacidad/index.html>
- Ekman, P. (1984). Expression and the nature of emotion. En K. R. Scherer & P. Ekman (Eds.), *Approaches to emotions* (pp. 319-343). Erlbaum.
- Elias, N. (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. (2009). *La soledad de los moribundos*. Centzontle, Fondo de Cultura Económica.
- Engels, F. (2019). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Publications MIA.
- Espinar Jiménez, M., & Espinar Moreno, M. (2017). Vida espiritual y material en el siglo IV: anacoretas y eremitas de Egipto. Notas sobre comida y vestido. *Revista de estudios sobre patrimonio, cultura y ciencias medievales*, 19(2017), 294-296.
- Esteban, M. L. (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. *Papeles del CEIC*, 12.
- Eurostat. (2020). *Ageing Europe. Looking at the lives of older people in the EU*. Publications Office of the European Union.
- Falk, P. (1994). *The consuming body*. Sage.
- Febrer Fernández, N. (2014). El estudio de la alimentación a través del análisis de textos filmicos. *Historia y comunicación social*, 19, 181-193. https://doi.org/10.5209/rev_HICS.2014.v19.44950

- Flores Martos, J. A., & Díaz Maderuelo, R. (2010). Emociones en el etnógrafo: equipaje y destrezas difíciles en el campo y en la escritura. En L. Abad González & J. A. Flores Martos (Eds.), *Emociones y sentimientos. La construcción social del amor* (pp. 96-123). Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Foster, A., Thompson, J., Holding, E., Ariss, S., Mukuria, C., Jacques, R., Akparido, R., & Haywood, A. (2021). Impact of social prescribing to address loneliness: A mixed methods evaluation of a national social prescribing programme. *Health and Social Care in the Community*, 29(5), 1439-1449. <https://doi.org/10.1111/hsc.13200>
- Foucault, M. (1977). Historia de la medicalización. *Educación médica y salud*, 11(1), 3-25.
- Foucault, M. (2011). *La vida de los hombres infames*. Altamira.
- Franklin, A. S. (2009). On loneliness. *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography*, 91(4), 343-354.
- Freire-Paz, E. (2023). Galician shellfish: Sustenance in poverty and a delicacy in affluence. *International Journal of Gastronomy and Food Science*, 31, 100654. <https://doi.org/10.1016/j.ijgfs.2022.100654>
- Freire Paz, E. (2023). Tras la soledad del convento. Etnografías cautivas. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad* (pp. 302-325). Tirant Lo Blanch.
- Fromm-Reichmann, F. (1959). Loneliness. *Psychiatry*, 22(1), 1-15. <https://doi.org/10.1080/00332747.1959.11023153>
- Fromm, E. (2004). *El miedo a la libertad*. Paidós.
- Gajardo Jauregui, J. (2015). Vejez y soledad: Implicancias a partir de la construcción de la noción de riesgo. *Acta Bioethica*, 21(2), 199-205. <https://doi.org/10.4067/S1726-569X2015000200006>
- García Alonso, M. (2009). El regreso de las abejas perdidas. Los niños salvajes en los límites de la cultura. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 64(1), 41-60. <https://doi.org/10.3989/rdtp.2009.021>

- García González, F. (2015). Investigar la soledad. Mujeres solas, casa y trayectorias sociales en la Castilla rural del Antiguo Régimen. *Obradoiro de Historia Moderna*, 24, 141-169. <https://doi.org/10.15304/ohm.24.2738>
- García González, F. (2020a). Las mujeres solas en la España rural. Sobre tópicos y estereotipos en perspectiva histórica. En F. García González (Ed.), *Vivir en soledad. Viudedad, soltería y abandono en el mundo rural (España y América Latina, siglos XVI-XXI)* (pp. 239-268). Iberoamericana Vervuet.
- García González, F. (2020b). *Vivir en soledad. Viudedad, soltería y abandono en el mundo rural (España y América Latina, siglos XVI-XXI)*. Iberoamericana Vervuet.
- García, S. (2018, septiembre 25). El olor a anciano empieza a gestarse en nuestro cuerpo a partir de los 30 años. *El País*. https://elpais.com/elpais/2018/09/19/buena vida/1537366403_026618.html
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Ediciones Paidós.
- Gené-Badia, J., Comice, P., Belchín, A., Erdozain, M. Á., Cáliz, L., Torres, S., & Rodríguez, R. (2020). Perfiles de soledad y aislamiento social en población urbana. *Atención Primaria*, 52(4), 224-232. <https://doi.org/10.1016/j.aprim.2018.09.012>
- Gerez Ambertín, M. (2001). Entre el aburrimiento y el amor: la metáfora. *Fuentes Humanísticas*, 12(23), 101-104.
- Glover, T. D. (2018). All the Lonely People: Social Isolation and the Promise and Pitfalls of Leisure. *Leisure Sciences*, 40(1-2), 25-35. <https://doi.org/10.1080/01490400.2017.1376017>
- Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu.
- Gómez Arranza, J. J., & Sobrino Sánchez, B. (1978). *El problema de la soledad en Franz Kafka*. Universidad de La Salle.
- González Turmo, I. (1995). Comida de rico, comida de pobre. *Sevilla: Universidad de Sevilla*.
- Goodwin-Hawkins, B., & Meher, M. (2020). Epistolary fragments for an Anthropology

- of Loneliness. *Irish Journal of Anthropology*, 22(1), 114-121.
- Grady, J. (1999). A typology of motivation for conceptual metaphor: correlation vs. resemblance. En R. W. Gibbs & G. J. Steen (Eds.), *Metaphor in Cognitive Linguistics: Selected Papers from the Fifth International Cognitive Linguistics Conference* (pp. 101-124). John Benjamins Publishing Company.
- Griffin, J. (2010). *The Lonely Society?* Mental Health Foundation.
- Guevara Llaguno, M. J. (2007). La soledad en la historia de José: condena y oportunidad. *Sal terrae: Revista de teología pastoral*, 95(1113), 483-494.
- Guio Cerezo, Y. (1991). *Salud, enfermedad y medicina popular en Extremadura. Un acercamiento desde el americanismo*. Universidad Complutense.
- Gutiérrez Estévez, M. (2023). Silencios de ayer (y soledades de siempre). En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografía contemporáneas* (pp. 29-47). Tirant Lo Blanch.
- Hammersley, M., & Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós.
- Hawkey, L. C., Thisted, R. A., Masi, C. M., & Cacioppo, J. T. (2010). Loneliness predicts increased blood pressure: 5-year cross-lagged analyses in middle-aged and older adults. *Psychology and Aging*, 25(1), 132-141. <https://doi.org/10.1037/a0017805>
- Hayes, P. A. (2006). Home is where their health is: Rethinking perspectives of informal and formal care by older rural Appalachian women who live alone. *Qualitative Health Research*, 16(2), 282-297. <https://doi.org/10.1177/1049732305275629>
- Hernández Bermejo, M. A. (2019). Las mujeres al frente del hogar: viudas, solteras y casadas con marido ausente en Extremadura en la segunda mitad del siglo XVI. *Revista del CEHGR*, 31, 7-19.
- Hernández, M. (2007). En torno a un plato de comida: Aproximaciones al mundo de la comida y el comer. *Espacio Abierto*, 16(2), 243-260.

- Holt-Lunstad, J., Smith, T. B., Baker, M., Harris, T., & Stephenson, D. (2015). Loneliness and Social Isolation as Risk Factors for Mortality: A Meta-Analytic Review. *Perspectives on Psychological Science*, 10(2), 227-237. <https://doi.org/10.1177/1745691614568352>
- Ibarra Barroso, C., Calderón Torres, C. M., & Sánchez Expósito, I. (2010). *El cerdo en Extremadura*. Dirección General de Patrimonio Cultural de la Junta de Extremadura.
- Ismail, R. (2020). New starts at New Start: Recovery and the work of hikikomori. *Transcultural Psychiatry*, 57(5), 698-709. <https://doi.org/10.1177/1363461520958337>
- Jakub Mendoza, C. M. (2017). *La soledad en la narrativa literaria de Gabriel García Márquez*. Univerzita Palackého v Olomouci.
- Jimeno, M., Murillo, S. L., & Martínez, M. J. (2012). *Etnografía contemporáneas. Trabajo de campo*. Universidad Nacional de Colombia.
- Jones, P. E. (2009). From «external speech» to «inner speech» in Vygotsky: A critical appraisal and fresh perspectives. *Language and Communication*, 29(2), 166-181. <https://doi.org/10.1016/j.langcom.2008.12.003>
- Karnick, P. M. (2005). Feeling lonely: Theoretical perspectives. *Nursing Science Quarterly*, 18(1), 7-12. <https://doi.org/10.1177/0894318404272483>
- Keyes, R. (1976). We, the lonely people. En J. Hartog, J. R. Audy, & Y. A. Cohen (Eds.), *Anatomy of Loneliness* (pp. 406-424). International University Press.
- Kharicha, K., Iliffe, S., Manthorpe, J., Chew-Graham, C. A., Cattan, M., Goodman, C., Kirby-Barr, M., Whitehouse, J. H., & Walters, K. (2017). What do older people experiencing loneliness think about primary care or community based interventions to reduce loneliness? A qualitative study in England. *Health and Social Care in the Community*, 25(6), 1733-1742. <https://doi.org/10.1111/hsc.12438>
- Killeen, C. (1998). Loneliness: An epidemic in modern society. *Journal of Advanced Nursing*, 28(4), 762-770. <https://doi.org/10.1046/j.1365-2648.1998.00703.x>

- Kitzmüller, G., Clancy, A., Vaismoradi, M., Wegener, C., & Bondas, T. (2018). "Trapped in an Empty Waiting Room"—The Existential Human Core of Loneliness in Old Age: A Meta-Synthesis. *Qualitative Health Research*, 28(2), 213-230. <https://doi.org/10.1177/1049732317735079>
- Klinenberg, E. (2012). *Going Solo. The extraordinary rise and surprising appeal of living alone*. Duckworth Overlook.
- Klinenberg, E. (2016). Social Isolation, Loneliness, and Living Alone: Identifying the Risks for Public Health. *American Journal of Public Health*, 106(5), 786-787. <https://doi.org/10.2105/AJPH.2016.303166>
- Knapp, M. L. (1995). *La comunicación no verbal. El cuerpo y el entorno*. Paidós.
- Kolker, R. (2011). *A cinema of loneliness*. Oxford University Press.
- Kolnai, A. (2013). *Asco, soberbia, odio. Fenomenología de los sentimientos hostiles*. Ediciones Encuentro.
- Kuroda, A., Tanaka, T., Hirano, H., Ohara, Y., Kikutani, T., Furuya, H., Obuchi, S. P., Kawai, H., Ishii, S., Akishita, M., Tsuji, T., & Iijima, K. (2015). Eating Alone as Social Disengagement is Strongly Associated With Depressive Symptoms in Japanese Community-Dwelling Older Adults. *Journal of the American Medical Directors Association*, 16(7), 578-585. <https://doi.org/10.1016/j.jamda.2015.01.078>
- Kvaal, K., Halding, A. G., & Kvigne, K. (2014). Social provision and loneliness among older people suffering from chronic physical illness. A mixed-methods approach. *Scandinavian Journal of Caring Sciences*, 28(1), 104-111. <https://doi.org/10.1111/scs.12041>
- Laing, O. (2020). *La ciudad solitaria. Aventuras en el arte de estar solo*. Capitán Swing.
- Lapeyre-Mestre, M. (2019). Benzodiazepines, cognitive decline and dementia: A review of causality criteria from published observational studies. *Therapie*, 74(3), 407-419. <https://doi.org/10.1016/j.therap.2018.09.071>
- Laporte, D. (1998). *Historia de la mierda*. Pre-textos.

- Larrea Killinger, C. (1997). *La cultura de los olores: una aproximación a la antropología de los sentidos*. Ediciones Abya-Yala.
- Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2006). *El silencio*. Sequitur.
- Le Breton, D. (2009). *El sabor del mundo: una antropología de los sentidos*. Nueva Visión.
- Ledeneva, A. V. (1998). *Russia's economy of favours: Blat, networking, and informal exchange*. Cambridge University Press.
- Leigh-Hunt, N., Bagguley, D., Bash, K., Turner, V., Turnbull, S., Valtorta, N., & Caan, W. (2017). An overview of systematic reviews on the public health consequences of social isolation and loneliness. *Public Health*, 152, 157-171. <https://doi.org/10.1016/J.PUHE.2017.07.035>
- Leo Coleman. (2009). Being Alone Together: From Solidarity to Solitude in Urban Anthropology. *Anthropological Quarterly*, 82(3), 755-777. <https://doi.org/10.1353/anq.0.0075>
- Lévi-Strauss, C. (1998). *Las estructuras elementales del parentesco*. Paidós.
- Lévi-Strauss, C. (2013). *Mitológicas. I: Lo crudo y lo cocido*. Fondo de Cultura Económica.
- Levine, M. P. (2012). Loneliness and Eating Disorders. *The Journal of Psychology: Interdisciplinary and Applied*, 146(1-2), 243-257.
- Llamazares, J. (2021). Gobernar contra la España vacía. *El País*. <https://elpais.com/opinion/2021-08-07/los-gobiernos-contra-la-espana-vacia.html>
- López García, J., Mariano Juárez, L., & Medina, F. X. (2016). Usos y significados contemporáneos de la comida desde la antropología de la alimentación en América Latina y España. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 71(2), 327. <https://doi.org/10.3989/rdtp.2016.02.001>

- Luanaigh, C. Ó., & Lawlor, B. A. (2008). Loneliness and the health of older people. *International Journal of Geriatric Psychiatry*, 23(12), 1213-1221. <https://doi.org/10.1002/gps.2054>
- Lykes, V. A., & Kimmelmeier, M. (2014). What Predicts Loneliness? Cultural Difference Between Individualistic and Collectivistic Societies in Europe. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 45(3), 468-490. <https://doi.org/10.1177/0022022113509881>
- Malinowski, B. (1973). *Los Argonautas del Pacífico Occidental* (Vol. 1). Planeta-Agostini.
- Mansfield, L., Daykin, N., Meads, C., Tomlinson, A., Gray, K., Lane, J., & Victor, C. (2019). A conceptual review of loneliness across the adult life course (16+ years). *Synthesis of Qualitative Studies*. [(accessed on 8 June 2020)].
- Mansfield, L., Victor, C., Meads, C., Daykin, N., Tomlinson, A., Lane, J., Gray, K., & Golding, A. (2021). A conceptual review of loneliness in adults: Qualitative evidence synthesis. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(21). <https://doi.org/10.3390/ijerph182111522>
- Marcos Arévalo, J. (2000). *Etnología de Extremadura. Investigación y docencia*. Junta de Extremadura.
- Mariano Juárez, L. (2023). Más allá del sentimiento. Pistas para una antropología de la soledad. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografías contemporáneas* (pp. 49-65). Tirant Lo Blanch.
- Mariano Juárez, L., Rivero Jiménez, B., & Conde Caballero, D. (2023). *Antropología de la soledad. Teorías y etnografías contemporáneas*. Tirant Lo Blanch.
- Martí García, M. A. (1983). Antropología de la intimidad. Una utopía viable. *Aula Abierta*, 39, 115-122.
- Martínez Miguélez, M. (2006). La Investigación Cualitativa (Síntesis Conceptual). *Revista de Investigación en Psicología*, 9, 123-146.
- Matías, D. (2020). *La Leyenda de Las Hurdes. Geografía, literatura e historia de una*

comarca mítica. Diputación de Badajoz.

Matías Marcos, J. D. (2016). *La producción geosimbólica de las Hurdes. Teorías, historia y práctica de un territorio imaginario*. Universidad de Extremadura.

Mauss, M. (1990). *The Gift. The form and Reason for Exchange in Archaic Societies*. Routledge.

Mcdaid, D., Park, A., & Fernandez, J.-L. (2016). *Reconnections Evaluation Interim Report*.

McGraw, J. G. (1995). Loneliness, its nature and forms: an existential perspective. *Man and World*, 28(1), 43-64. <https://doi.org/10.1007/BF01278458>

McHugh Power, J. E., Hannigan, C., Carney, S., & Lawlor, B. A. (2017). Exploring the meaning of loneliness among socially isolated older adults in rural Ireland: a qualitative investigation. *Qualitative Research in Psychology*, 14(4), 394-414. <https://doi.org/10.1080/14780887.2017.1329363>

McLennan, A. K., & Ulijaszek, S. J. (2018). Beware the medicalisation of loneliness. *The Lancet*, 391(10129), 1480. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(18\)30577-4](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(18)30577-4)

Mead, M. (1980). Loneliness, Autonomy and Interdependence in Cultural Context. En J. Hartog, J. R. Audy, & Y. A. Cohe (Eds.), *Anatomy of Loneliness* (pp. 394-405). International University Press.

Medina, F. X. (2023). «Nunca pensé que lo peor de estar sola, sería comer sola...» Etnografías sobre alimentación y soledad en personas de la tercera edad del área urbana de Barcelona. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografías contemporáneas* (pp. 67-87). Tirant Lo Blanch.

Mendoza, V. (2017). *Quién te cerrará los ojos. Historias de arraigo y soledad en la España Rural*. Los Libros del K.O.

Merleau-Ponty, M. (2010). *Lo visible y lo invisible*. Nueva Visión.

Mijuskovic, B. L. (1981). Loneliness and human nature. *Psychological Perspectives*,

12(1), 69. <https://doi.org/10.1080/00332928108408679>

Mijuskovic, B. L. (2012). *Loneliness in Philosophy, Psychology and Literature*. iUniverse.

Mijuskovic, B. L. (2021). Philosophical Counseling and Loneliness: An Interdisciplinary Approach. *Interdisciplinary Research in Counseling, Ethics and Philosophy*, 1(1), 28-37.

Miller, D. (2015). The Tragic Denouement of English Sociality. *Cultural Anthropology*, 30(2), 336-357. <https://doi.org/10.14506/ca30.2.11>

Ministerio de Agricultura Pesca y Alimentación. (2021). Demografía de la población rural en 2020. En *AgrInfo* (Vol. 31).

Monk, A. (1999). *Rural isolation as a stressor: physical, cultural, social and psychological isolation in rural areas of Great Britain, Northern Ireland and Eire*. The Countryside Development Unit and The Rural Stress Information Network.

Mora-Hernández, V. (2018). «Hasta que hubiese despejado todas aquellas sierras»: Peligro, soledad y penitencia en el espacio serrano de Don Quijote. *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 38(1), 63-80.

Muñoz Gonzalez, B. (2007). *Mujeres rurales. Topología emocional y espacio doméstico*. Instituto de la Mujer de Extremadura (IMEX).

Muñoz González, B. (2002). *Representaciones y vidas de amas de casa: un análisis desde la sociología de las emociones*. Universidad de Extremadura.

Muñoz González, B. (2006). De la misoginia corporal y la perfección patriarcal. Algunas notas sobre la construcción del cuerpo femenino. En B. Muñoz González & J. López García (Eds.), *Cuerpo y medicina. Textos y contextos culturales* (pp. 85-112). Cicon Ediciones.

Navarro, A. L., & García-Azcárate, T. (2019). Which activities in the empty Spain? *Economía Agraria y Recursos Naturales*, 19(1), 09-15. <https://doi.org/10.7201/earn.2019.01.01>

- Naya Pérez, A. M. (2019). Cementerios gallegos : de la muerte como ausencia a la arquitectura como memoria. *XX Encuentro de Cementerios patrimoniales*, 1-19.
- Ness, T. M., Hellzen, O., & Enmarker, I. (2014). «Embracing the present and fearing the future»: The meaning of being an oldest old woman in a rural area. *International Journal of Qualitative Studies on Health and Well-being*, 9. <https://doi.org/10.3402/qhw.v9.25217>
- Noreña, A. L., Alcaraz-Moreno, N., Rojas, J. G., & Rebolledo-Malpica, D. (2012). Aplicabilidad de los criterios de rigor y éticos en la investigación cualitativa. *AQUICHAN*, 12(3), 263-274.
- Ojembe, B. U., & Ebe Kalu, M. (2018). Describing reasons for loneliness among older people in Nigeria. *Journal of Gerontological Social Work*, 61(6), 640-658. <https://doi.org/10.1080/01634372.2018.1487495>
- Oldenburg, R. (1989). *The great good place*. Paragon House.
- Olsen, J. (2018). Socially disabled: the fight disabled people face against loneliness and stress. *Disability and Society*, 33(7), 1160-1164. <https://doi.org/10.1080/09687599.2018.1459228>
- Oró-Piqueras, M. (2016). The loneliness of the aging in two contemporary novels. *Gerontologist*, 56(2), 193-200. <https://doi.org/10.1093/geront/gnu033>
- Otero-García, L. (2012). *Campos de soledad. Atención primaria y procesos asistenciales en pueblos de Segovia*. Universitat Rovira i Virgili.
- Ozawa-de Silva, C. (2020). In the eyes of others: Loneliness and relational meaning in life among Japanese college students. *Transcultural Psychiatry*, 57(5), 623-634. <https://doi.org/10.1177/1363461519899757>
- Ozawa-de Silva, C., & Parsons, M. (2020). Toward an anthropology of loneliness. *Transcultural Psychiatry*, 57(5), 613-622. <https://doi.org/10.1177/1363461520961627>
- Pampller, J. (2014). Historia de las emociones: caminos y retos. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36(0), 17-29. https://doi.org/10.5209/rev_chco.2014.v36.46680

- Pantell, M., Rehkopf, D., Jutte, D., Syme, S. L., Balmes, J., & Adler, N. (2013). Social isolation: A predictor of mortality comparable to traditional clinical risk factors. *American Journal of Public Health, 103*(11), 2056-2062. <https://doi.org/10.2105/AJPH.2013.301261>
- Parsons, M. A. (2020). Being unneeded in post-Soviet Russia: Lessons for an anthropology of loneliness. *Transcultural Psychiatry, 57*(5), 635-648. <https://doi.org/10.1177/1363461520909612>
- Partera, J. A., Jaquotot Arnáiz, J. M., & Luque Luque, R. (2008). Síndrome de referencia olfativo. Revisión histórica y clínica a propósito de un nuevo caso. *Psiquiatría biológica: Publicación oficial de la Sociedad Española de Psiquiatría Biológica, 14*(4), 144-146.
- Paz, O. (1983). *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica.
- Pérez Díaz, A., & Leco Berrocal, F. (2018). La despoblación rural de Extremadura. En E. Cejudo García, F. A. Navarro Valverde, & J. A. Camacho Ballesta (Eds.), *Nuevas realidades rurales en tiempos de crisis: territorios, actores, procesos y políticas. XIX Coloquio Rural de la Asociación de Geógrafos Españoles y II Coloquio Internacional de Geografía Rural* (pp. 248-260).
- Pérez Galán, B., & Larrea Killinger, C. (2023). Silencios atronadores. Soledad, miedo y otras emociones encarnadas en el trabajo de campo. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografía contemporáneas* (pp. 423-440). Tirant Lo Blanch.
- Perlman, D. (2004). European and Canadian Studies of Loneliness among Seniors. *Canadian Journal on Aging / La Revue canadienne du vieillissement, 23*(2), 181-188. <https://doi.org/10.1353/cja.2004.0025>
- Perlman, D., & Peplau, L. A. (1981). Toward a Social Psychology of Solidarity. En S. Duck & R. Gilmour (Eds.), *Personal Relationships in Disorder* (pp. 31-56). Academic Press.
- Perlman, D., & Peplau, L. A. (1998). Loneliness. En *Encyclopedia of Mental Health* (pp. 571-581). Academic Press.

- Pesmen, D. (2000). *Russia and soul*. Cornell University Press.
- Pettigrew, S., & Roberts, M. (2008). Addressing loneliness in later life. *Aging Mental Health, 12*, 302-309.
- Piedrahita Forero, M. C., & Tabares T., R. E. (2021). La construcción social de la "enfermedad de los nervios": un síndrome cultural consecuencia de las violencias del conflicto armado sufridas por individuos de tres poblaciones rurales del Suroccidente de Colombia. En *Jangwa Pana* (Vol. 20, Número 2). <https://doi.org/10.21676/16574923.4250>
- Pinazo-Hernandis, S., & Donio Bellegarde Nunes, M. (2018). *La soledad de las personas mayores. Conceptualización, valoración e intervención* (Vol. 5). Fundación Pilares.
- Pinilla, V., & Sáez, L. A. (2016). La Despoblación Rural En España: Génesis De Un Problema Y Políticas Innovadoras. *Centro de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales, 24*.
- Pochintesta, P. (2012). De cuerpos envejecidos: un estudio de caso desde el discurso publicitario. *Pensar la Publicidad. Revista Internacional de Investigaciones Publicitarias, 6*(1), 163-181. https://doi.org/10.5209/rev_pepu.2012.v6.n1.38661
- Portacolone, E. (2015). Older Americans Living Alone: The Influence of Resources and Intergenerational Integration on Inequality. *Journal of Contemporary Ethnography, 44*(3), 280-305. <https://doi.org/10.1177/0891241614528709>
- Pozzi, G. (2018). *Tacet. Un ensayo sobre el silencio*. Siruela.
- Pujante Sánchez, D. (2018). *Oráculo de tristezas. La melancolía en su historia cultural*. Xoroi Edicions.
- Putnam, R. D. (2000). *Bowling Alone. The collapse and revival of American Community*. Simon & Schuster Paperbacks.
- Puyol Antolín, R. (1990). *La población española*. Síntesis.
- Rasmussen, S. J. (2020). Images of loneliness in Tuareg narratives of travel,

- dispersion, and return. *Transcultural Psychiatry*, 57(5), 649-660.
<https://doi.org/10.1177/1363461520920322>
- Rea, J. (2023). Social relationships, stigma, and wellbeing through experiences of homelessness in the United Kingdom. *Journal of Social Issues*, 79(1), 465-493.
<https://doi.org/10.1111/josi.12572>
- Rico Moreno, J. (2014). Hacia una historia de la soledad. *Historia y Grafía*, 42, 35-63.
- Rivero Jiménez, B. (2022). Cultura del hambre y mercado negro en los años de posguerra de Extremadura. En D. Conde Caballero, B. Rivero Jiménez, & L. Mariano Juárez (Eds.), *Vidas sin pan. El hambre en la memoria de la posguerra española*. (pp. 105-120). Comares.
- Rizzolo, A. (2018). Rasgos y retos de la modernidad alimentaria - una entrevista con Jesús Contreras. *Interface. Comunicação, Saúde e Educação*, 22(67), 1267-1277.
<https://doi.org/10.1590/1807-57622017.0383>
- Rojas-Jara, C., Calquin, F., González, J., Santander, E., & Vásquez, M. (2019). Efectos negativos del uso de benzodiazepinas en adultos mayores: Una breve revisión. *Salud & Sociedad. Latin American Journal on Health & Social Psychology*, 10(1), 40-50. <https://doi.org/10.22199/s07187475.2019.0001.00003>
- Rokach, A. (2018). The effect of gender and culture on loneliness: A mini review. *Emerging Science Journal*, 2(2), 59-64. <https://doi.org/10.28991/esj-2018-01128>
- Rokach, A., Orzeck, T., Cripps, J., Lackovic-Grgin, K., & Penezic, Z. (2001). The effects of culture on the meaning of loneliness. *Social Indicators Research*, 53(1), 17-31.
<https://doi.org/10.1023/A:1007183101458>
- Roos, V., & Klopper, H. (2010). Older Persons' Experiences of Loneliness: A South African Perspective. *Journal of Psychology in Africa*, 20(2), 281-289.
<https://doi.org/10.1080/14330237.2010.10820377>
- Ros Velasco, J. (2021). Me aburro luego existo. La constitución ontológica de la individualidad desde el aburrimiento. *Bajo Palabra*, 28, 103-134.
<https://doi.org/10.15366/bp2021.28.005>

- Ros Velasco, J. (2022). *La enfermedad del aburrimiento*. Alianza Editorial.
- Rotenberg, K. (1999). Childhood and adolescent loneliness: An introduction. En K. Rotenberg & S. Hymel (Eds.), *Loneliness in Childhood and Adolescence* (pp. 3-10). Cambridge University Press.
- Rúa, M. M. (2017). "Aging in Displacement: Urban Revitalization and Puerto Rican Elderhood in Chicago". *Anthropology & Aging*, 38(1), 44-59. <https://doi.org/10.5195/aa.2017.157>
- Rubio Herrera, R., & Aleixandre, M. (1999). La escala «Este», un indicador objetivo de soledad en la tercera edad. *Geriatría. Revista Iberoamericana de Geriatría y Gerontología*, 15, 26-35.
- Rubio Herrera, R., Pinel Zafra, M., & Rubio Rubio, L. (2009). *La soledad en los mayores. Una alternativa de medición a través de la escala Este*. [https://doi.org/10.1016/0040-6090\(72\)90146-0](https://doi.org/10.1016/0040-6090(72)90146-0)
- Russell, D. (1996). UCLA Loneliness Scale (Version 3) Reliability, Validity, and Factor Structure. *Journal of Personality Assessment*, 66, 20-40.
- Russell, D., Peplau, L. A., & Cutrona, C. E. (1980). The revised UCLA Loneliness Scale: Concurrent and discriminant validity evidence. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39(3), 472-480. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.39.3.472>
- Russell, D., Peplau, L. A., & Ferguson, M. L. (1978). Developing a Measure of Loneliness. *Journal of Personality Assessment*, 42, 290-294. <https://doi.org/10.1207/s15327752jpa4203>
- Sacks, O. (2006). *Un antropólogo en marte*. Anagrama.
- Sánchez, M. (2019). *Tierra de mujeres. Una mirada íntima y familiar al mundo rural*. Seix Barral.
- Sánchez Pérez, F. (1990a). El espacio y sus símbolos: Antropología de la casa andaluza. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 52, 47-64.
- Sánchez Pérez, F. (1990b). *La liturgia del espacio. Antropología, arquitectura y género*.

Nerea.

- Santos Pérez, M. I. (2020). *Predictores de polimedicación, uso de medicamentos potencialmente inapropiados y fármacos psicotrópicos en ancianos*. Universidad de Valladolid.
- Sawir, E., Marginson, S., Deumert, A., Nyland, C., & Ramia, G. (2008). Loneliness and International Students: An Australian Study. *Journal of Studies in International Education*, 12(2), 148-180. <https://doi.org/10.1177/1028315307299699>
- Scharf, T., & de Jong-Gierveld, J. (2008). Loneliness in urban neighbourhoods: An Anglo-Dutch comparison. *European Journal of Ageing*, 5(2), 103-115. <https://doi.org/10.1007/s10433-008-0080-x>
- Schirmer, W., & Michailakis, D. (2015). The lost Gemeinschaft: How people working with the elderly explain loneliness. *Journal of Aging Studies*, 33, 1-10. <https://doi.org/10.1016/j.jaging.2015.02.001>
- Seco González, J. (2016). La importancia de la familia en la economía del medio rural extremeño durante la segunda mitad del siglo XX. *Revista de Estudios Económicos y Empresariales*, 28, 111-132.
- Shaw, J. G., Farid, M., Noel-Miller, C., Joseph, N., Houser, A., Asch, S. M., Bhattacharya, J., & Flowers, L. (2017). Social Isolation and Medicare Spending: Among Older Adults, Objective Social Isolation Increases Expenditures while Loneliness Does Not. *J Aging Health*, 29(7), 1119-1143. <https://doi.org/10.1038/s41395-018-0061-4>.
- Shopes, L. (2001). Diseño de proyectos de historia oral y formas de entrevistar. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 25, 133-141.
- Sibilia, P. (2012). El cuerpo viejo como una imagen con fallas la moral de la piel lisa y la censura mediática de la vejez. *Comunicação, Mídia e Consumo*, 9(26), 83-114.
- Silvestre Rodríguez, J. (2002). Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica. *Ager (Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural)*, 2(8), 227-248.
- Simmel, G. (2002). *Sobre la individualidad y las nuevas formas sociales*. Escritos

escogidos. Prometeo Libros.

Snell, K. D. M. (2015). Agendas for the historical study of loneliness and lone living. *Open Psychology Journal*, 8(1), 61-70. <https://doi.org/10.2174/1874350101508010061>

Snell, K. D. M. (2016). Modern Loneliness in Historical Perspective. En A. Rokach (Ed.), *The correlates of Loneliness* (pp. 3-33). Bentham Science Publishers.

Snell, K. D. M. (2017). The rise of living alone and loneliness in history. *Social History*, 42(1), 2-28. <https://doi.org/10.1080/03071022.2017.1256093>

Social Finance. (2015). *Investing to Tackle Loneliness: A Discussion Paper*.

Sønderby, L. C., & Wagoner, B. (2013). Loneliness: An Integrative Approach. *Journal of Integrated Social Sciences*, 3(11), 2013-3.

Soriano Salinas, C. (2012). La metáfora conceptual. En I. Ibarretxe-Antuñano & J. Valenzuela (Eds.), *Lingüística Cognitiva* (pp. 97-121). Anthropos.

Stein, J. Y., & Tuval-Mashiach, R. (2015). The Social Construction of Loneliness: An Integrative Conceptualization. *Journal of Constructivist Psychology*, 28(3), 210-227. <https://doi.org/10.1080/10720537.2014.911129>

Stephoe, A., Owen, N., Kunz-Ebrecht, S. R., & Brydon, L. (2004). Loneliness and neuroendocrine, cardiovascular, and inflammatory stress responses in middle-aged men and women. *Psychoneuroendocrinology*, 29(5), 593-611. [https://doi.org/10.1016/S0306-4530\(03\)00086-6](https://doi.org/10.1016/S0306-4530(03)00086-6)

Stephoe, A., Shankar, A., Demakakos, P., & Wardle, J. (2013). Social isolation, loneliness, and all-cause mortality in older men and women. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 110(15), 5797-5801. <https://doi.org/10.1073/pnas.1219686110>

Stocking, G. W. J. (1993). La magia del etnógrafo. El trabajo de campo en antropología británica desde Tylor a Malinowski. En A. Díaz de Rada, H. M. Velasco Carballo, & F. J. García Castaño (Eds.), *Lecturas de antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar*. (pp. 43-94). Trotta.

- Stoller, P. (2020). Slow anthropology in a fast world. *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, 15(1), 11-30. <https://doi.org/10.11156/aibr.150102>
- Strauss, A., & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Taibo, C. (2021). *Iberia vaciada. Despoblación, decrecimiento, colapso*. Catarata.
- Taube, E., Kristensson, J., Sandberg, M., Midlöv, P., & Jakobsson, U. (2015). Loneliness and health care consumption among older people. *Scandinavian Journal of Caring Sciences*, 29(3), 435-443. <https://doi.org/10.1111/scs.12147>
- Theeke, L. A., Mallow, J., Gianni, C., Legg, K., & Glass, C. (2015). The experience of older women living with loneliness and chronic conditions in Appalachia. *Journal of Rural Mental Health*, 39(2), 61-72. <https://doi.org/10.1037/rmh0000029>
- Thorstenson, C. A., Pazda, A. D., & Elliot, A. J. (2015). Sadness Impairs Color Perception. *Psychological Science*, 1-5.
- Tomé, P. (2023). Un perro lo cambia todo. apuntes etnográficos sobre cuidado mutuo entre humanos y perros urbanos. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografía contemporáneas* (pp. 184-199). Tirant Lo Blanch.
- Tönnies, F. (1986). El nacimiento de mis conceptos de «comunidad» y «sociedad». *Sociologica*, 1(1).
- Toriz, R. (2011). La vida emocional de los objetos. *Casa del Tiempo*, IV(40), 60-63.
- Trublet, J. (1998). La solitude d'Adam au Jardin de l'Eden (Gn 2,18). *Christus*, 180, 455-46.
- Turner, B. S. (1987). *Medical power and social knowledge*. SAGE Publications Ltd.
- Urrea Giraldo, F., & Zapata Ortega, D. (1992). El síndrome de los nervios como elaboración de la problemática cotidiana: su dinámica en el distrito de Aguablanca. En A.-C. Defossez, D. Fassin, & M. Viveros (Eds.), *Mujeres de los*

- Andes. Condiciones de salud* (pp. 169-198). Institut français d'études andines.
- Valdés Gázquez, M. (2023). Experiencias de soledad en la etnografía. En L. Mariano Juárez, B. Rivero Jiménez, & D. Conde Caballero (Eds.), *Antropología de la soledad. Teorías y etnografía contemporáneas* (pp. 441-455). Tirant Lo Blanch.
- Valtorta, N., & Hanratty, B. (2012). Loneliness, isolation and the health of older adults: Do we need a new research agenda? *Journal of the Royal Society of Medicine*, *105*(12), 518-522. <https://doi.org/10.1258/jrsm.2012.120128>
- Van Der Geest, S. (2004). "They Don't Come to Listen": The Experience of Loneliness Among Older People in Kwahu, Ghana. *Journal of Cross-Cultural Gerontology*, *19*(2), 77-96. <https://doi.org/10.1023/B:JCCG.0000027846.67305.f0>
- Van Duzer, C. (2021). Hic sunt dracones: La geografía y la cartografía de los monstruos. *eHumanista*, *47*, 29-88.
- Van Staden, W., & Coetzee, K. (2010). Conceptual relations between loneliness and culture. *Current Opinion in Psychiatry*, *23*(6), 524-529. <https://doi.org/10.1097/YCO.0b013e32833f2ff9>
- Vasilachis de Gialdino, I. (1992). *Métodos cualitativos. I. Los problemas teórico-epistemológicos*. Centro Editor de América Latina.
- Velasco, H., & Díaz de Rada, Á. (2006). *La lógica de la investigación etnográfica*. Trotta.
- Velasco Maíllo, H. (1998). *Signos y sentidos de los pueblos castellanos. El concepto de pueblo y la indentidad*. Anthropos.
- Vicent, D. (2020). *Una historia de la soledad*. Fondo de Cultura Económica.
- Vicente Arruebarrena, A., & Sánchez Cabaco, A. (2020). La soledad y el aislamiento social en las personas mayores. *Studia Zamorensia*, *19*, 15-32.
- Vicenzi, H., & Grabosky, F. (1987). Measuring the emotional/social aspects of loneliness and isolation. *Journal of Social Behavior & Personality*, *2*(2), 257-270.
- Victor, C., Scambler, S., Bond, J., & Bowling, A. (2000). Being alone in later life:

- Loneliness, social isolation and living alone. En *Reviews in Clinical Gerontology* (Vol. 10, Número 4, pp. 407-417). <https://doi.org/10.1017/S0959259800104101>
- Wang, F., Gao, Y., Han, Z., Yu, Y., Long, Z., Jiang, X., Wu, Y., Pei, B., Cao, Y., Ye, J., Wang, M., & Zhao, Y. (2023). A systematic review and meta-analysis of 90 cohort studies of social isolation, loneliness and mortality. *Nature Human Behavior*, 7, 1307-1319.
- Webber, M. (1984). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1991). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Premiá.
- Weiss, R. S. (1973). *Loneliness: The Experience of Emotional and Social Isolation*. MIT Press.
- Wenger, G. C., & Burholt, V. (2004). Changes in Levels of Social Isolation and Loneliness among Older People in a Rural Area: A Twenty-Year Longitudinal Study. *Canadian Journal on Aging / La Revue canadienne du vieillissement*, 23(02), 115-127. <https://doi.org/10.1353/cja.2004.0028>
- Westgate, E. C., & Wilson, T. D. (2018). Boring Thoughts and Bored Minds: The MAC Model of Boredom and Cognitive Engagement. *Psychological Review*, 125(5), 689-713. <https://doi.org/https://doi.org/10.1037/rev0000097>
- Wheeler, R., Lobley, M., McCann, J., & Phillimore, A. (2022). 'It's a lonely old world': Developing a multidimensional understanding of loneliness in farming. *Sociologia Ruralis*, 63, 11-36. <https://doi.org/10.1111/soru.12399>
- Wilson, R. S., Krueger, K. R., Arnold, S. E., Schneider, J. A., Kelly, J. F., Barnes, L. L., Tang, Y., & Bennett, D. A. (2007). Loneliness and Risk of Alzheimer Disease. *Archives of General Psychiatry*, 64(2), 234. <https://doi.org/10.1001/archpsyc.64.2.234>
- Wilson, T. D., Reinhard, D. A., Westgate, E. C., Gilbert, D. T., Ellerbeck, N., Hahn, C., Brown, C. L., & Shaked, A. (2014). Just think: The challenges of the disengaged mind. *Science*, 345(6192), 75-77. <https://doi.org/10.1126/science.1250830>
- Wong, A., Chau, A. K. C., Fang, Y., & Woo, J. (2017). Illuminating the psychological

experience of elderly loneliness from a societal perspective: A qualitative study of alienation between older people and society. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 14(7). <https://doi.org/10.3390/ijerph14070824>

Wood, L. A. (1986). Loneliness. En R. Harre (Ed.), *The social construction of emotions* (pp. 184-208). Basil Blackwell.

Wulf, C. (2002). *Traite D'Anthropologie Historique*. L'Harmattan.

Yanguas, J., Pinazo-Henandis, S., & Tarazona-Santabalbina, F. J. (2018). The complexity of loneliness. *Acta Biomedica*, 89(2), 302-314. <https://doi.org/10.23750/abm.v89i2.7404>

Younger, J. B. (1995). The alienation of the sufferer. *Advances in Nursing Science*, 17(4), 53-72.

Zafra, R. (2015). *Ojos y capital*. Consonni.

Zhang, J., Xu, L., Li, J., Sun, L., Ding, G., Qin, W., Wang, Q., Zhu, J., Yu, Z., & Xie, S. (2018). Loneliness and health service utilization among the rural elderly in shandong, China: A cross-sectional study. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 15(7), 1-11. <https://doi.org/10.3390/ijerph15071468>

Zhong, C.-B., & Leonardelli, G. J. (2008). Cold and lonely: Does social exclusion literally feel cold? *Psychological Science*, 19(9), 838-842. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9280.2008.02165.x>

Zimmermann, A. C., & Morgan, W. J. (2016). A Time for Silence? Its Possibilities for Dialogue and for Reflective Learning. *Studies in Philosophy and Education*, 35(4), 399-413. <https://doi.org/10.1007/s11217-015-9485-0>